

1934 - 1935

Nicolás S. de Otto

# Francisco Xavier

y la

# Universidad de París

Curso  
de  
1934  
a  
1935

Talleres Tipográficos

Marcos Diávora 25 46

«Cuesta»

Valladolid  
1934

**NOTA:** Acordado por la Superioridad que en el curso académico 1934-35 no se celebrasen las acostumbradas ceremonias de inauguración de las tareas docentes, no pudo ser leído el presente discurso, pero sí acordada su distribución.

## DISCURSO

LEÍDO EN LA UNIVERSIDAD  
LITERARIA DE VALLADOLID  
EN LA SOLEMNE APERTURA  
DEL CURSO ACADÉMICO DE  
1934 A 1935

FRANCISCO JAVIER  
Y LA UNIVERSIDAD  
DE PARÍS

FRANCISCO JAVIER Y LA UNIVERSIDAD  
DE PARÍS

DISCURSO

INAUGURAL DEL CURSO 1934 A 1935

LEÍDO EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA  
DE VALLADOLID

POR

NICOLÁS S. DE OTTO

CATEDRÁTICO NUMERARIO DE LA FACULTAD DE DERECHO, EX DECANO  
DE LA DE MURCIA, ACADÉMICO DE BELLAS ARTES DE SAN LUIS DE  
ZARAGOZA, DE LA DE CIENCIAS Y ARTES DE CÁDIZ, ABOGADO  
DE LOS ILUSTRES COLEGIOS DE HUESCA Y VALLADOLID,  
PRESIDENTE DE LA CÁMARA AGRÍCOLA DEL ALTO  
ARAGÓN, CABALLERO DE ISABEL LA CATÓLICA,  
DE LA MAESTRANZA DE ZARAGOZA Y  
DE LA COFRADÍA DE NOBLES  
DE SAN LORENZO  
DE HUESCA.



9

TALLERES TIPOGRÁFICOS «CUESTA»  
MACÍAS PICAVEA, 38 Y 40

Excelentísimo Señor:

Señoras y Señores:

Fueron siempre, dentro de la mayor severidad, la solemnidad y el aparato norma y ceremonial de actos como el presente, y aunque a alguno le parezca cosa trasnochada, pueril y anacrónica que así se celebren, no lo es si se repara en lo que para la vida nacional representa la apertura de un curso académico.

Quedaron allá, en junio, conquistados por unos, laureles, premios, esperanzas, risueños y alentadores propósitos, realizada una positiva labor. Otros sufrieron, en cambio, una desilusión, padecieron descalabros y percances, gastaron en balde dinero y energías, cosechando, en fin de cuentas, pesares, desengaños y amarguras; pero todos, profesores y alumnos, desde su respectivo punto de mira y recíprocos resultados, por insignificante y anodino que les haya parecido el curso que terminó, no habrá uno que deje de registrarlo en el arcano de su conciencia o en lo íntimo de su vida, como una fecha trascendental.

Quien, durante las tareas de curso, habrá podido observar con satisfacción sus avances en el saber, sus progresos en el estudio, sus victorias en las disciplinas que cultivó. Tal vez experimentó íntimas alegrías y tuvo goces inefables reservados tan sólo a los que por encima de toda otra aspiración ponen las altas idealidades del

espíritu. Es posible que en sus aspiraciones y afanes por el saber coincidiera con algún otro compañero que ávido de aprender haya estudiado con verdadero fervor; es posible también que para avanzar en su camino, le hayan servido de mucho las orientaciones de un profesor, que con gusto recogiera. Quizá, por el contrario, padeció desilusiones, sufriera desencantos, se viese tentado por el desaliento o bien padeciese alguno de esos arañazos que la vida propina frecuentemente.

Todo ello, por insignificante que sea, constituye en la vida del estudiante una efeméride imborrable y queda gravada en el alma escolar como un recuerdo grato, como una enseñanza educadora, como un aviso para el porvenir o como una norma de donde hubiese de partir una rectificación para en lo sucesivo.

Al inaugurarse un curso no se piensa, ordinariamente al menos, en esos instantes, ni en los éxitos ni en las desazones del anterior. Si tuvimos éxitos y triunfos más o menos resonantes, esperamos reiterarlos en el curso que nace; si tuvimos fracasos, abrigamos la confianza de que en el curso que alborea no tropezaremos con los quebrantos, pesadumbres ni desazones pasadas. Siempre, cuando se comienza una era, cuando se abre un período nuevo en nuestra vida, creemos que alborea un risueño porvenir y debemos, por tanto, dispensar a este momento tan benévola atención y tan acogedora sonrisa como se dispensa a la flor tierna y atrayente que promete abrir en breve su tenue envoltura de botón de rosa.

Por otra parte, todos los años, además de reanudar su tarea alumnos y profesores que ya se conocen, hay una multitud de jóvenes escolares que por primera vez acuden a la Universidad y la recepción de los mismos

en las aulas constituye un momento de honda emoción y trascendencia que debe rodearse necesariamente de la debida solemnidad.

De igual modo que en las familias se celebra con júbilo y fiestas extraordinarias, con alegría y regocijo grandes, el advenimiento de nuevos vástagos, la Universidad, siempre acogedora, abre de par en par sus puertas a los noveles alumnos que van a integrar su población en lo sucesivo.

En esto la Universidad española tiene una limpia y acreditada ejecutoria, por cuanto desde las antiguas Universidades mayores y menores ha dispensado, con procedimientos y usos paternalmente democráticos, una acogida cordial a los estudiantes de todas las clases sociales.

Todos los tiempos y todas las naciones han celebrado con pompa y solemnidad inusitada estas fechas (1)

(1) El día 13 de noviembre se reúnen los candidatos de teología que han sido aprobados antes del día 1.º de aquel mes. La reunión tiene lugar en el teatro de la Universidad; dáse este nombre a un salón muy capaz, cuadrado, rodeado de altas gradas, cubierto de rico artesanado, adornado de ventanas y tribunas en su parte superior, desde donde pueden ver los espectadores. Reunido allí el Claustro, bajo la presidencia del Rector, sin el Cancelario y con asistencia de los lectores de Comunidades, Colegios y otras Corporaciones que solían ser invitadas a tales actos, se oían sonar trompetas y ministriles, en pos de los cuales entraba el llamado paraninfo (el portador de buenas nuevas, entre los israelitas, el que avisaba la llegada del novio) en traje de camino, algo teatralmente, viniendo así de casa del Cancelario y de parte de éste. El emisario o paraninfo avisaba a los candidatos de parte del Cancelario que ya estaba próximo el término de sus fatigas literarias, dándoles cita para el día siguiente, en el que el Claustro de Teología, precedido de los bedeles con sus mazas de plata, el Rector y Cancelario, se dirigía ordenadamente a San Justo, en cuya Sala Capitular se votaba definitivamente las letras. En seguida salía el Claustro a la iglesia y daba a leer la lista al Secretario, que era escuchada con gran ansiedad, concluyendo con la trompetería de atabales, clarines y

y las Universidades españolas no pueden ni deben prescindir de esos ritualismos que le son tan peculiares.

España, tan caballeresca en sus manifestaciones, tan hidalga y tan prócer, no puede prescindir de sus añejas costumbres y sabe dar a cada cosa la pompa y solemnidad que merece, aun en medio de los afanes igualitarios de una sociedad que alborea, que irreflexivamente pide el traje único y la desaparición de todo aquello que huele a jerarquía y distinción, olvidando que en Francia, Estados Unidos, Repúblicas de Centro Europa e Hispano Americanas no se confunden la democracia con el aparato y la dignidad debida a esta clase de actos.

\* \* \*

Muy bien están en todas partes los magistrados con sus togas, medallas y placas. Muy bien el Presidente del Tribunal Supremo con el gran Collar de la Justicia; grandemente honra el pecho de quien puede ostentarla la Cruz de San Fernando o la Placa de San Hermenegildo; magníficos el birrete y palio cardenalicios, majestuoso y brillante el aspecto que las Cortes, Municipios y Diputaciones ofrecen cuando en rico atuendo y bajo mazas asisten en corporación a actos solemnes; bien, muy bien está, por tanto, que la Universidad no ceda

ministriles. (Alvar Gómez, citado por don Vicente Lafuente en su «Historia de las Universidades»).

Desde la ceremonia del 5 de agosto de 1889, para celebrar la inauguración de la nueva Sorbona en París, se han celebrado allí fiestas que no han desmerecido en lo más mínimo, por su esplendor y brillantez, de las celebradas en tiempo inmemorial, ya que no sólo se confieren allí los grados académicos con gran ceremonial y solemnidad, en especial cuando se concede el de «Doctor Honoris Causa» a sabios extranjeros, sino que también se dan allí, bajo la presidencia del Rector y Decanos, fiestas para celebrar las fundaciones, escuelas normales y otros centros de enseñanza, sino que

en esplendor en actos como el de hoy porque los emblemas, condecoraciones y atributos que se puedan lucir no representan ni significan vanidad pueril en quien los ostenta, sino legítimo orgullo en representar dignamente el grado, la jerarquía, el honor que previamente la Nación le confiriera, y que en días solemnes se exhiben para contribuir al esplendor de la fiesta.

La Universidad, organismo encargado, por excelencia, de difundir el saber por toda la Nación, si bien en su vida ordinaria es modesta, austera, sin esplendores innecesarios y desenvuelve su acción con llaneza verdaderamente franciscana, en días como hoy se complace en lucir sus mejores galas y en manifestarse con todo el esplendor que la actual solemnidad requiere para demostrar lo fecundo de su vida, lo grande y total de sus aspiraciones.

Lástima grande que haya de ser el que habla, menguado trovador de las mismas y que sea quien haya de tomar parte preferente en esta acostumbrada ceremonia, pero le ha sido asignado este papel por orden superior y ha de desempeñarlo poniendo en ello toda su buena voluntad de universitario enamorado, siquiera la turbación natural le impida ser en estos momentos el orador que exigía *Quintiliano, hombre de bien e ins-*

también el Paraninfo de la Universidad se abre con toda solemnidad y pompa para dar cabida a las expansiones económicas y literarias de la vida nacional, festividades tan concurridas y solemnes como las celebradas el 23 de abril de 1895, a las que concurrieron más de seis mil personas, usándose siempre en estos actos académicos las cinco mazas de las respectivas Facultades, cuyo orden oficial es la de Derecho, modelada por Carlos Cahier; la de Medicina, por el orfebre Odier; la de la Facultad de Ciencias después; la de Letras ocupa el cuarto puesto en jerarquía (cinceladas también por Odier) y por último la de la Facultad de Farmacia, por Guerchet Grusel (Jean Bonnerot. «La Sorbonne. Sa vie, son rôle, son œuvre a travers les siècles». París, 1927).

*truido en la elocuencia*, y que determine que mi palabra, como placa metálica, por afanarse en ser brillante en extremo, pierda en solidez y temple (1). Nada más opuesto a la claridad en la exposición ni nada más contrario al buen escritor que tomarse gran trabajo en expresar cosas corrientes y vulgares en forma pomposa y altisonante. De ese defecto suelen adolecer muchos de los discursos que se pronuncian en actos semejantes al actual, en los que en vez de admirar el trabajo del que lo realiza, se duele el lector o el oyente del que inútilmente se tomó el autor. Los que así hacen combinan ideas, entrelazan párrafos bien cortados, agotan el lenguaje buscando términos pomposos y desusados, y a veces tanto inciden en este defecto, que corrompen y deforman las frases más corrientes. Los que así hacen podrán pasar por espíritus cultivados, pero son escritores estériles porque carecen absolutamente de estilo; unas veces emplean uno que no es adecuado, rayano a menudo en la pedantería o escogen, al elegir el tema, un asunto excesivamente raro y anormal y otras veces excesivamente manido.

El estilo supone siempre, la reunión y el ejercicio de todas las facultades intelectuales, pero sólo las ideas constituyen el fondo del estilo y exclusivamente las obras bien escritas son las que pasan a la posteridad y de preferencia aquellas cuyo lenguaje es sencillo y agradable, sin chocarrerías y sin ampulósidades.

\* \* \*

Mucho vacilé antes de escribir este discurso, no tanto por el estilo con que pensaba desarrollarlo, porque en

(1) Buffon. «Discours de réception a l'Académie française», Quintiliano. «De Institutione oratoria».

mí es peculiar la sencillez, sino por el fondo, por el asunto, por el sujeto que me había de servir de tema.

Son tantos los que pueden traerse a este palenque literario, máxime en los momentos de actual inquietud por que el mundo atraviesa, que ante mis ojos desfilaron como en cinematográfica cinta, problemas, cuestiones, enunciados, asuntos, tantos y tan varios que daban de sí para escribir cientos de páginas. Eran unos, intrincados y difíciles, escabrosos otros, expuestos a la apasionada crítica los más y propensos siempre a merecer acres censuras por aquellos que no compartiesen su opinión con la que nosotros sustentaremos, y aunque dicen que de la discusión sale la luz y que hay que suscitar problemas nuevos y cuestiones de palpitante actualidad, nosotros renunciaremos a este honor, y nos refugiamos placentera y certeramente en el remanso de lo pasado. No se crea que ha sido comodidad lo que nos ha decidido a escoger el tema que esperamos desarrollar, sino que lo que fundamentalmente nos ha impulsado a ello es el deseo legítimo que de antiguo teníamos de ocuparnos, en solemnidad como la de hoy, de una gran figura, de un universitario, de un gran caballero español, que fué santo porque fué sabio; que supo, con su celo y con su amor a la humanidad, poner en fervoroso contacto, cual otro Colón, mundos bien distintos e hizo que se estableciese una corriente de conocimiento recíproco y de solidaridad humana entre razas bien diferentes; de un insigne navarro que si conquistó para sí las palmas académicas en el rudo batallar con las científicas disciplinas, supo vencer el orgullo y la presunción, compañeros frecuentes de la labor intelectual y dominar los aguijones de la carne que como hombre joven, fuerte y vigoroso había de sufrir, y supo,



en fin, culminar su obra de admiración mundial, desgranando su corazón generoso, rebotante de caridad, por tres continentes, y siempre en favor de los ignorantes, de los desvalidos, de los humildes.

\* \* \*

Me refiero a Francisco de Jassu y Azpilcueta, conocido universalmente por Francisco Javier, a quien los que le trataron en el mundo de las letras le estimaron como teólogo y filósofo eminente, como profesor eximio de la Universidad de París, a quien la Iglesia Católica ha asignado con justicia el título de Apóstol de las Indias por el sinnúmero de almas que arrancó de la ignorancia y del error, ya que al trocar el birrete y la muceta por el tosco sayal de penitente, puso a contribución de los demás hombres, en la doble y sucesiva tarea que emprendió, los inagotables caudales de su saber y de su bondad.

\* \* \*

Quizá a alguno de los que me escuchen no le parezca bien que en una España oficialmente laica se haya escogido como tema de un discurso de inauguración de las próximas tareas académicas, la figura de este gran español, pero a este escrúpulo he de salir al paso diciéndole, a quien tal pensase, que nadie tiene la culpa de que Francisco Javier de Jassu fuese caballero, universitario y más tarde santo, eso sin tener en cuenta que el que habla tiene motivos muy particulares e íntimos para tratar en este acto de esta colosal figura, de quien se puede decir que si fué impaciente en lo divino, fué también afanoso en lo cultural.

En la mente de todos está que en el año 1922 recorrió triunfalmente España el brazo derecho de Francisco Javier, que al solo desfile del mismo por villas y ciudades, como al conjuro de una mágica voz, se realizaron prodigios y maravillas, de las cuales alguna le cupo la satisfacción de presenciar al que habla. El 3 de diciembre del mismo año, día de Francisco Javier, ganó, el que tiene el honor de dirigiros la palabra, en reñida oposición y en medio de las dificultades que lleva aparejadas la orfandad de favor o de camarilla, la Cátedra de Derecho Canónico de la Universidad de Oviedo, primera que desempeñó, y por último, el día de Francisco Javier nació, al que en estos momentos os fatiga con la lectura de este discurso, su cuarto hijo, que es probablemente el último y como tal, resumen y colofón de dos vidas y de unos tiernos y limpios amores.

Por eso para el que habla representa Francisco Javier el hombre y el santo por excelencia, el noble navarro de recio temple, de corazón tan fuerte como las rocas de su castillo y una de las almas más grandes e inteligencias más preclaras que han pasado por la Historia. Es tan entusiasta la admiración que sentimos por Francisco Javier, son tales los entusiasmos que nos inspira esa figura cumbre, que no hemos sabido resistir a la tentación de traerlo a esta Cátedra por ser universitario, por ser un ilustre español que desde su muerte no ha dejado de vivir, y es tan sólido su renombre, que las generaciones venideras encontrarán siempre algo nuevo en su persona y en su obra y verán cómo se puede ser un buen estudiante, un celoso profesor sin sucumbir a las tentaciones de la vana gloria y de la pedantería y sin rendir pleitesía a las concupiscencias

de la humana naturaleza. Es Francisco Javier, para el estudiante y para el profesor, modelo perenne que imitar, ya que la ilustración, el celo y abnegado desprendimiento que se aprecian en toda la obra académica de Francisco Javier debe ser adquirida por los universitarios por reflejo o reverberación de aquel espíritu selecto.

Véase, pues, que no ha sido el éxito teatral del insigne literato José M.<sup>a</sup> Pemán, quien ha sugerido al que habla el tema del trabajo, sino que le cabe el honor de haber coincidido con aquél en la apreciación de la persona, en los entusiasmos por aquella gran figura, y mientras el uno le trata en versos galanos como santo, nosotros le tratamos en prosa y más modestamente, tan sólo como sabio y como universitario.

\* \* \*

También pensamos tratar de otro tema relacionado íntimamente con Francisco Javier: de la Universidad de París, emporio del saber en aquella época, centro de la cultura, eje de toda civilización y área común de coincidencia de teólogos, canonistas, diplomáticos y políticos y demás hombres de letras que en las pasadas épocas fueron y existieron. Allí, en la Sorbonne, así como en los colegios mayores adscritos a ella, se fueron formando los sabios de fines de la Edad Media y principios de la Moderna, y en aquel estudio, modestamente fundado en 1253 por Roberto de Sorbonne, brotaron todas las ramas del saber y se dieron cita los mejores y más valiosos talentos del mundo hasta entonces conocidos, incubándose el espíritu francés e impregnando de las sabias enseñanzas que de aquella Casa

se desprendían las inteligencias de los que fueron sus esclarecidos discípulos (1).

Era ya la Sorbonne, en aquellos tiempos, un centro cultural de primera fuerza, cuya reputación, hoy seis veces centenaria, no ha dejado de acrecentarse cada día más, ya que si fué simple colegio en el siglo XIII, fué más tarde la gran escuela de Teología de toda la Edad Media, el Santuario de la Escolástica y la piedra angular

(1) Cuanto más se estudia nuestra Historia, más aumenta el sentimiento de patriótico orgullo mezclado de tristeza. La unidad nacional francesa es la más antigua de todos los Estados cristianos. Distintos sistemas la han regido en su larga existencia: la caótica barbarie, el feudalismo, la monarquía pura, los ensayos de la vida constitucional y de la república; y con todos ellos nunca le han faltado la grandeza y la gloria, ni el poder material y el brillo intelectual, ni las virtudes morales y los encantos de la vida social. La barbarie tiene por rey a Carlomagno; el feudalismo a San Luis, Juana de Arco y Bayardo; la monarquía pura a Enrique IV y Luis XIV. Nada decimos de nuestros tiempos. Francia ha brillado en la guerra y en la paz, por la espada y por el talento; ha conquistado y seducido, ilustrado y trastornado alternativamente a Europa, siendo constantemente para los extranjeros un espectáculo y una residencia llena de curiosidad y de atractivo, de nobles placeres o de mundanas distracciones. Y, sin embargo, a pesar de tan elevados y brillantes destinos durante largos siglos, aún no ha logrado alcanzar Francia el fin que siempre ha perseguido y al que naturalmente aspiran todas las naciones civilizadas: el movimiento ordenado, la seguridad y la libertad unidas perdurablemente. Ha tenido defectos que le han impedido recoger por entero los frutos de sus buenas cualidades, y ha cometido faltas a las que debe sus fracasos. Dos cosas, esenciales ambas para la prosperidad política de las naciones, le ha faltado siempre: el predominio de la opinión pública sobre el espíritu de casta o de clase; la prudencia y la fijeza en sus ambiciones patrióticas, tanto en el interior como en el exterior. Francia ha sido constantemente presa de las pasiones personales de sus gobernantes y de su propia e imprevisora volubilidad.

Narramos la historia y la época de un reinado en que esta amalgama de cualidades y defectos, de virtudes y vicios, de progreso y desvarío, se manifiesta con mayor fuerza y atractivo. Francisco I, su reinado y su tiempo, abren la era de la moderna Francia y permiten entrever claramente la causa de sus grandezas y de sus debilidades. (Guizot. «Historia de Francia». Tomo II, p. 323).

de la Universidad de París. Allí, en todas las épocas, se encontraron reunidos, en espiritual consorcio, todos los que honraron las letras y quisieron enriquecer las ciencias.

Allí, en medio de la diversidad de opiniones y tendencias, fueron modelando su espíritu los estudiantes asistentes a sus aulas, logrando a la vez una cosa poco común entre la población escolar, y que por desgracia va siendo cada día más rara, o sea, que en medio de la diversidad de opiniones y tendencias no fueron allí, no han sido nunca, los estudiantes, extraños los unos de los otros, ya que entre los concurrentes a las aulas de la Sorbonne, desde sus comienzos, se originaban amistades imperecederas y el hecho de haber convivido en aquéllas, fué para los estudiantes parisinos de todos los tiempos un sello, una ejecutoria más fuerte que un pasaporte diplomático (1) y un lazo de unión espiritual que ni lo debilitaban los vaivenes de la fortuna, ni lo resquebrajaban las inclemencias del tiempo, ni las asperezas de la vida.

Queda enunciado, pues, el tema de este discurso, que va a versar, como su título reza, sobre Francisco de Jassu o Javier, en su aspecto de estudiante y profesor y de la Universidad de París, dejando para otro momento y para otras plumas mejor cortadas que las nuestras el hablar de la obra de apostolado de aquél.

\* \* \*

Corrían los años de 1252 y reinaba en Navarra Teobaldo I, de la Casa de Champaña, cuando a cambio

(1) Jean Bonnerot. Obra citada.

del lugar de Ordóiz recibieron los ascendientes de Francisco Javier el castillo de su nombre.

Descendientes de los Aznárez, a quienes muchos historiadores consideran progenitores de los Reyes de Navarra y de Aragón, fué doña María de Azpilcueta, madre de Francisco Javier. Su esposo, nacido en la baja Navarra, hoy territorio francés, era dueño y señor del castillo y tierras de Idocin.

En ese Castillo de Javier, verdadera mole roquera, limítrofe entre Aragón y Navarra, vivían por los años de 1500, los afortunados padres de nuestro biografiado, teniendo que sufrir las penosas consecuencias inherentes a la agonía de Navarra como reino independiente.

De estas tribulaciones, reflejo de las vacilaciones de Catalina de Francia entre las dudosas ventajas que podía reportar una alianza francesa o una alianza española, eran las fluctuaciones en que se agitaba la vida política del antiguo reino de Navarra. De la situación de ésta, de sus alteraciones y de las consecuencias que tuvo el matrimonio de la reina Catalina con el famoso Juan D'Albret o Labrit, nos ocuparemos más tarde, porque en estos renglones creemos un deber hablar preferentemente del lugar geográfico, donde tuvo lugar el nacimiento de Francisco, de la importancia histórica y como baluarte en aquellos tiempos, y de lo mucho que pudo contribuir el ambiente de aquellos riscos en la formación del recio carácter de nuestro biografiado.

\* \* \*

El Castillo de Javier se halla emplazado en el pueblo de su nombre, a unos seis kilómetros próximamente de la histórica y típica villa de Sangüesa. Una carretera en suave pendiente conduce, por terreno bastante estéril,

al pueblo de Javier, y a la vuelta de unas curvas bastante pronunciadas se descubre la ingente roca del Castillo, que parece estar emplazada bajo el dosel de la sierra de Leyre y como atalaya vigilante del pueblo de Yesa y sus contornos.

Al fondo del Castillo, y cortado a pico, se desliza el río Aragón, que, procedente de Navarra, da el nombre a este otro territorio, tan rico espiritual como económicamente. Maravilla a la contemplación del Castillo la sólida piedra que integra su torre del homenaje, sus murallas almenadas y lo fuerte y sólido de su construcción, pues aunque a su esbeltez y hermosísimo estado actual mucho hayan contribuido las solícitas restauraciones hechas por los Duques de Villa-Hermosa y Condes de Javier, que lo cedieron a la Compañía de Jesús, sin embargo se ve que la fábrica y bastimentos del Castillo son de roca ingente y fuerte que desafía las inclemencias del tiempo. Junto al Castillo está la Basílica, en ella la estatua de Francisco Javier, rodeada de exvotos y leyendas piadosas; más allá lo que pudiéramos llamar museo javierino. Atravesando dependencias se ve la poterna del Castillo, con su célebre puerta de hierro, poterna donde se reunían los hombres de armas para la defensa del mismo. En la planta inferior puede apreciar el visitante la sencillez que campeaba en las costumbres de los antiguos moradores del Castillo, ya que en la cocina, pieza de reunión familiar y de los criados, se conservan los mismos utensilios. las mesas y los bancos, las cucharas y los calderos y hasta una luz eléctrica bien dispuesta parece avivar el fuego que desgraciadamente se extinguió. Pasando de la cocina al piso superior, por una escalera de piedra, puede admirarse otra estatua de Francisco Javier, verdadera-

mente espléndida y de mérito artístico imponderable. Pásase muy en breve a la Capilla privada donde Francisco Javier y sus familiares se recogían a hacer las acostumbradas oraciones, y allí, bajo la tenue luz que permite una tronera, a los pies del venerable Crucifijo hacían sus plegarias. Este famoso Crucifijo tiene también su historia. En el siglo XIII, fecha probable de la instalación de los primeros Aznárez de Sada en el Castillo de Javier, encontraron en un hueco de muralla una imagen del Crucificado, cuyos brazos estaban desprendidos de la cruz y plegados a lo largo del cuerpo. Apareció esta imagen en la época dicha y plegado en la forma indicada, lo que hace suponer que había sido oculto en el hueco de muralla donde fué encontrado con el fin de sustraerlo a las profanaciones de los moros, durante las guerras de la Reconquista. A este Cristo milagroso y venerado en toda Navarra es al que se refiere seguramente José María Pemán, al decir «que sudaba sangre» (1), y ante

(1) *Hermana.* ¡Estos dos ojos lo han visto!  
Me acerco con la candela  
A la lamparilla... miro  
Al Cristo que, en el altar,  
Está sobre el Crucifijo.  
Advierto un color extraño  
Por todo el cuerpo de Cristo,  
Le toco y... ¡mirad mis manos  
Mojadas de un rojo tibio!  
¡Estaba sudando sangre!  
¡Sudando sangre!, lo he visto.  
¡Tocad!

*Miguel.* ¡En verdad es sangre?

*Hermana.* ¡Sangre templada!

¡Dios mío!

¡Allá en su tierra lejana

Algo le pasa a Francisco!

(José M.<sup>a</sup> Pemán. «El Divino Impaciente». A. Brou, S. J. «Saint François Javier», París, 1922).



este Cristo famoso se postran todos los años millares de personas, y a sus pies le fué pedido en ocasión solemne al entonces Rey de España, don Alfonso de Borbón y Habsburgo, el indulto del tristemente célebre reo de Lodosa. No es este Cristo el que Francisco Javier llevaba en sus peregrinaciones, llamado Cristo del Cangrejo, pues éste, prodigioso también, debe conservarse en el que fué Palacio Real de Madrid (1).

\* \* \*

Subiendo a la torre del homenaje puede admirarse el áspero y viril panorama que desde allí se contempla, dándose perfecta cuenta el visitante de lo inexpugnable de la fortaleza de Javier, dada la solidez de su construcción y lo estratégico de su emplazamiento; y como si la naturaleza quisiera consolar al viajero de las asperezas del paisaje, a media cuesta, rientes prados, fincas que fueron del Castillo de Javier y de sus antiguos señores sirven de pasto y solaz a multitud de cabezas de ganado que triscan gozosos por los mismos y que si bien son indiferentes a todo lo que los rodea, sirven de adorno y de complemento al cuadro bucólico que se ofrece al visitante. Al fondo, el río que sirvió de siempre para fertilizar el pueblo de Yesa y los vecinos y que dentro

(1) Francisco Escalada, S. J. «El brazo de San Francisco Javier». Pamplona, 1923. «Historia del Crucifijo del Cangrejo». Por los años de 1547 se hallaba Francisco Javier en las Molucas. El Apóstol de los Infeles trata de pasar en una barca de Amboino a la isla de Ceram. El mar se alborota grandemente. Para calmar las encrespadas olas introdujo Francisco Javier en el agua el referido Crucifijo. La tempestad se calma, la gente puede desembarcar y, maravillosamente, el Crucifijo que había caído al mar, fué sacado entre sus patas por un cangrejo de los muchos que por aquellos mares hay, pudiendo recogerlo cómodamente Francisco Javier.

de poco, mediante el gran pantano que lleva su nombre, fecundará los campos de Aragón y producirá hulla blanca, más apetecida hoy que lo fué el salitre por los arcabuceros de Javier.

El ángulo derecho de la construcción está integrado por lo que fué propiamente palacio de Javier. Tras el vestibulo hay una sala de recibo donde aparecen los retratos de los Duques de Villa-Hermosa y desde allí, amablemente acompañados por dos individuos jóvenes de la nunca bastante bien ponderada Guardia Civil, celosa, fiel y amable custodia del edificio, fuimos recorriendo todas las dependencias desde la bodega (que se conserva como en los tiempos de Francisco), pudiendo apreciar las habitaciones todas del que fué Colegio de Jesuitas hasta hace poco. Vimos amplias e higiénicas aulas, espaciosos salones para conferencias y otros actos públicos, y una hermosísima capilla, una bien surtida biblioteca, sin que faltasen, como es de suponer, ni los higiénicos dormitorios ni las instalaciones confortables de calefacción y saneamiento del edificio.

En las salas de trabajo, aulas, pintura y dibujo, así como en la biblioteca, se ven las huellas de la laboriosa colmena que allí trabajaba por las letras y las ciencias y en aquéllas, como en las mismas cocinas, se ven vestigios tanto de la sorpresa con que se recibió la orden de disolución como de la rapidez y escrupulosidad con que fueron acatadas las disposiciones del Gobierno. Del edificio está encargado actualmente, en lo eclesiástico, el Párroco de la localidad, auxiliado en lo menester por el erudito y competente Padre Escalada, que actúa complaciente, de ilustrado Cicerone.

La Guardia Civil vigila, con fidelidad escrupulosa y

con esmero digno de todo encomio, la parte que pudiéramos llamar civil o laica del edificio. El Párroco de Javier, con su imponderable auxiliar, muestra al visitante la parte eclesiástica del mismo. ¡Hay que reconocer que los gobernantes, decretada la incorporación al Estado del Castillo de Javier, no han podido elegir, tanto en un ramo como en otro, mejores guardianes para aquel monumento venerando!

Frente al mismo, y con el afán y el fervor de que nos hallábamos poseídos, tratábamos de reconstruir la azarosa vida que siglos atrás llevaron allí Juan de Jassu y María de Azpilcueta, que pertenecientes a linajudas familias navarras, tuvieron que sufrir las consecuencias de su acrisolada lealtad al que fué su rey, Juan D'Albret. ¡Caro pagaron estas muestras de hidalguía y de afección, porque se vieron perseguidos y maltrechos por la anexión del territorio de Navarra a los reinos vecinos!

\* \* \*

Este acontecimiento histórico merece consideración atenta para comprender así muchos de los sucesos de que nos habremos de ocupar y a la vez para que sirva al lector de conocimiento del ambiente en que se movió la infancia de Javier, para determinar cuál fué la verdadera situación política de la familia de éste, frente a las turbulencias sufridas en Navarra y a la vez para desvanecer los errores que sobre este punto y las familias de Jassu y Azpilcueta se han vertido por algunos autores. No decimos más sobre la conveniencia de hacer una reseña histórica de estos momentos trascendentales porque sería desconocer la cultura del auditorio, que

convendrá con Rousseau en la alta misión enseñadora de la Historia (1).

\* \* \*

(1) La Historia es útil sobre todo a los hombres de acción. Hasta pudiera definirse como el método universal de toda acción. El político no tiene otra guía que las analogías que le ofrece la Historia. Tampoco hay más ciencia especial de los negocios que la experiencia del negociante, que viene a ser su Historia. Y cuando los negocios que le ocupan trascienden su experiencia personal, a la Historia ha de acudir para informarse. Al pincel que pinta una sonrisa deben acudir las mil sonrisas de los recuerdos del artista y de los cuadros de los Museos. El general empeñado en un combate no tiene tampoco más estrella del Norte que la que le ofrezcan en su mente la semejanza de análogas batallas. Todo lo que podemos vislumbrar del porvenir es lo que nos indican las corrientes históricas. Hasta los físicos y matemáticos más notables suelen distinguirse por el conocimiento de la Historia de sus ciencias, y en ellas encuentran, por analogía, la única guía que puede orientarles en sus perplejidades, que son la nota obscura que precede a sus descubrimientos. Y sin llegar a la identificación que hace Croce entre la Lógica y la Historia, porque en los seres hay también lo general, que no es histórico, no cabe duda de que el modo individual de cada ser sólo en su Historia se revela. (Ramiro de Maeztu. «Defensa de la Hispanidad», p. 279).

*L'Histoire:*

C'es un theatre, un spectacle nouveau.  
Ou tous les morts sortant de leur tombeau  
Viennent encor sur une scène illustre,  
Se presenter à nous dans leur vrai lustre  
Et du public, depouillé d'interêt  
Humbles acteurs, attendre leur arrêt  
Là, retracant leurs faiblesses passées  
Leurs actions, leurs discours, leurs pensées  
A chaque etat ils reviennent dicter  
Ce qu'il faut fuir, ce qu'il faut imiter  
Ce que chacun suivant ce qu'il peut être  
Doit pratiquer, voir, rechercher, connaître  
Et leur exemple en diver façons.  
Donnant a tous les plus nobles leçons.  
Rois, Magistrats législateurs suprêmes  
Princes, guerriers, simples citoyens mêmes  
Dans ce sincère et fidèle miroir  
Peuvent apprendre à lire leur devoir.

(J. B. ROUSSEAU).

Desde que se formaron los dos grandes reinos de Castilla y Aragón, y sobre todo desde que se unieron bajo un mismo cetro, era de suponer y de presagiar que Navarra no tardaría en perder su independencia, asfixiada por el poderío de los dos vecinos territorios, máxime teniendo en cuenta las banderías y turbulencias que agramonteses y beamonteses producían frecuentemente.

No alentaron, contra lo que se ha dicho por algún historiador, los Reyes Católicos, las discordias intestinas de Navarra ni asestaron ningún golpe a mansalva a la independencia de este territorio.

Las consecuencias de la Santísima Liga que combatía a los franceses por cismáticos y promotores del Conciliábulo de Pisa, y el desacierto de adherirse la Casa Real de Navarra a la política de la Corte Francesa, precipitaron la caída de la dinastía Navarra, que se inició por la bula de excomunión de Julio II, que puso en entredicho las villas y ciudades del Reino y relevó a los súbditos del juramento de fidelidad, concediendo tierras y señoríos al primero que los ocupase y tomase en justa guerra.

Grave equivocación cometida por Juan D'Albret la de echarse en brazos de Luis XII, mediante el tratado de 27 de julio de 1512, que concertaba amistad y liga perpetua entre Francia y Navarra, tanto para defenderse como para hostilizar a Castilla y Aragón. Este documento cayó inopinadamente en manos del rey Católico, quien al apercibirse de los planes políticos de las Coronas Francesa y Navarra, vió que eran desdeñadas las

proposiciones de paz y amistad que antes hiciera a los monarcas navarros y en su virtud, D. Fernando el Católico, mandó apercibir el ejército que tenía preparado a las órdenes del Duque de Alba e hizo que se estacionase cerca de Navarra por la parte de Vitoria y a la vez disponía que otro cuerpo de ejército se apostase en las vías fronterizas de la parte de Aragón. Simultáneamente a esto una armada inglesa al mando de Lord Grey se aproximaba a Pasajes. Protestaron los Reyes Navarros, que creían que D. Fernando el Católico estaba ignorante de los tratos con Francia, pero el rey aragonés les tranquilizó diciendo que todos esos preparativos eran nada más para perseguir a los enemigos de la Iglesia. La contestación no fué satisfactoria y en vista de esto, el 21 de junio de 1512, invadió el Duque de Alba el territorio navarro, poniéndose en pocas jornadas a la vista de Pamplona. Juan D'Albret abandonó la ciudad retirándose a Lumbier.

No encontró en este sitio el apoyo francés que se prometió, y en vista de ello intentó una conciliación con el Rey D. Fernando, fué inútil, quien resolvió definitivamente que todas las ciudades, villas y fortalezas de Navarra habían de estar bajo su obediencia y gobierno por el tiempo que le conviniera, y enviaba como embajador al Obispo de Zamora, que fué detenido por los partidarios de Juan D'Albret. Como contestación a este atropello, el Duque de Alba invadió Lumber y Sangüesa, obligando al rey navarro a huir.

\* \* \*

No fué todo lo diligente y eficaz que se esperaba la colaboración de la armada inglesa, lo que animó a los franceses, que acudieron en auxilio del rey de Navarra

enviando considerables fuerzas. Estella y algunas otras ciudades se alzaron contra la dominación castellana, y Juan D'Albret se dirigió a sitiar Pamplona, pero fué derrotado en Elizondo, y con ello, a la vez que perdieron la batalla, perdieron los reyes navarros la esperanza de verse restablecidos en su trono.

Fernando el Católico, rey prudente como pocos, reparó nuevamente las fortificaciones de Pamplona y otras ciudades y concertó con Luis XII de Francia una tregua, gracias a la cual quedaba imposibilitado Juan D'Albret de seguir la guerra.

El rey aragonés, astuto y hábil político, recibía a los navarros que se le iban sometiendo con mucha benignidad, restableciéndoles en sus casas, haciendas y señoríos, procurando mitigar los enconados odios existentes, y concedió amplios fueros y franquicias a los municipios, captándose con ello la estimación de sus nuevos súbditos, obra de penetración pacífica que corroboró en su nombre el virrey de Navarra D. Diego Fernández de Córdoba en las Cortes de Pamplona de 23 de marzo de 1503, en las que recogió nuevas demostraciones de pleitesía a favor del monarca aragonés.

\* \* \*

Incorporado definitivamente el Reino de Navarra a la Corona de Castilla por la declaración solemne que en las Cortes de Burgos en 15 de junio de 1515 hiciera el Rey Católico, la situación varió notablemente, ya que la invasión del Reino de Navarra, que se había hecho al amparo de la Bula de Julio II, se convirtió en definitiva anexión.

El alcance de los términos de esta Bula pontificia ha

sido muy discutido, pero es lo cierto que bajo el pretexto de ser cismático fué desposeído Juan D'Albret de su reino, y como consecuencia de estos trastornos políticos, los campesinos, reviviendo viejas querellas, usurpan las tierras, plantan viñas en los dominios de Jassu, talan y destruyen el arbolado, se apoderan de todo, y, como ocurre siempre, ni Juan de Jassu ni su esposa obtienen reparación de estos perjuicios ni la reposición en sus legítimos derechos.

¡Entonces, como siempre, los vencidos no merecían justicia!

\* \* \*

El Rey Católico, después de la incorporación definitiva, escuchó tranquilamente el emplazamiento que ante el tribunal de Dios le hicieron los monarcas destronados, pidiéndole la restitución del reino, diciendo «Que tenía la conciencia tan tranquila respecto a la posesión de aquel reino, como podía tenerla por la Corona de Aragón» (1). A este propósito, el ilustre historiador D. Modesto Lafuente hace consideraciones muy atinadas (2) acerca de la legitimidad de la ocupación de Navarra y alude en su obra a un manifiesto explicando las causas de la anexión, que gustosos reproducimos como apéndice.

Calcúlese cuál sería la situación de Juan de Jassu y su familia en estos momentos críticos para la tranquilidad de Navarra. Había sido embajador de su rey cerca de don Fernando y Presidente del Consejo Real de Navarra, desempeñando otros cargos de importancia y

(1) Abarca. «Reyes de Aragón». T. II, p. 404.

(2) Modesto Lafuente. «Historia general de España». T. VII, p. 307.



distinción en la casa D'Albret (1). Cuando la invasión de castellanos y aragoneses, Juan de Jassu, caballero antes que todo, no abandonó al Desterrado en Lumbier, como hicieron otros muchos que servilmente le adularan, sino que, fiel a sus tradiciones, permaneció leal al destronado. No imitaron otros individuos del país, y aun de su misma familia, este digno ejemplo de acrisolada lealtad, sino que, como en todos tiempos y en parecidas ocasiones, se realizó el dicho del poeta de «Dum eris felix multos numerabis amicos. Tempora si nubila fuerit Solus eris».

Adueñado el Duque de Alba de Pamplona, sufrieron los leales vasallos del rey navarro toda clase de vejaciones y molestias inherentes a estos casos y fueron desposeídos sin indemnización alguna de todas las fincas que constituían su patrimonio y de los derechos de pastos y aguas del Real de Sangüesa que pertenecía de tiempo inmemorial a los castellanos de Javier. Fueron inútiles protestas y reclamaciones; se consumó el despojo de este derecho como más tarde fueron víctimas los Señores de Javier, de otro, la demolición de parte de su castillo por la doble razón de ser plaza fuerte y pertenecer a un adicto del monarca destronado.

Juan de Jassu, fallecido en 1515, poco antes que el Rey Católico, no pudo ver reparada la injusticia con él cometida, pero sí tuvo el consuelo de recibir merecidos elogios, por su lealtad, del mismo rey aragonés, que como hombre justiciero supo apreciar la integridad de aquel caballero de Javier que valientemente no traicionó al caído monarca.

---

(1) J. M. Cros, S. J. «François Xavier en Europe et dans L'Inde». Librairie privat. Toulouse. Volumen I, p. 36.

La familia de Javier, una de las más prestigiosas de Navarra, tuvo aún que sufrir, como veremos más tarde, las consecuencias de ser perseverante en sus convicciones, y aunque D.<sup>a</sup> María de Azpilcueta, viuda ya, reclamó, contra el despojo cometido, ante la Corte de Carlos V, no obtuvo la debida y justa reparación.

No se había extinguido mientras tanto el fuego del sentimiento patrio en el pecho de los navarros. Soportado por muchos de ellos, de no buena gana, el yugo del monarca castellano que acababa de apoderarse de aquel reino con discutible legitimidad, pensaron nuevamente en realizar su constante y legítimo afán, que no era otro sino el de restaurar en el trono de Navarra a Enrique D'Albret, hijo de aquel monarca un poco especiosamente destronado. Los navarros, amantes entonces, como ahora, de su independencia, fervorosos paladines de lo que constituye la esencia viva de una raza, o sea de sus franquicias y libertades, de su derecho y típicas costumbres, volvieron a abrigar, como se ha dicho, el pensamiento de restaurar su reino, y como lo pensaron lo hicieron, aprovechando la coyuntura de las guerras entre Carlos I, ya rey de España y Francisco I de Francia.

En aquellos primeros tiempos en que Carlos I acababa de ceñir a sus sienes la corona de España, cuya importancia, brillantez y destellos cantaron célebres escritores con frases elocuentes y sentidas, representó para Carlos V desde los primeros momentos una serie de cuidados y pesadumbres, de los que no fueron bastante a librarle la solicitud y el patriotismo de aquel gran Cardenal, hombre insigne y colosal figura de la Historia que se llamó Fray Francisco Jiménez de Cisneros, que puesto en parangón con su émulo Richelieu, aun en medio del gran valer de este último, queda muy



por encima el eximio franciscano español, vencedor de Orán, editor generoso de la Biblia Complutense y Santo Amo de la ciudad universitaria de Alcalá de Henares, como justamente se le llamaba.

Las guerras en Italia, por una parte, y las violentas revueltas que estallaron en España al amparo del Pendón de las Comunidades y de las Germanías que ensangrentaron los territorios de Castilla y Valencia principalmente, favorecieron el proyecto de los navarros de restaurar el trono en la persona de Enrique D'Albret, hijo del monarca despojado, y favorecidos por Francisco I recibieron el auxilio de un poderoso ejército al mando de Andrés de Foix, Señor de Lesparre, que atravesó los Pirineos, y permitió a los navarros alzados en armas apoderarse de Pamplona, que estaba desguarnecida y pasando el Ebro pusieron sitio a Logroño. Afortunadamente los gobernadores de Castilla habían quedado desembarazados de la Guerra de las Comunidades y allegando cuanta gente pudieron, formaron una hueste lo más numerosa posible para ir en socorro de las ciudades amenazadas, dándose el caso peregrino de que fueron a luchar contra Navarra no solamente las fuerzas adictas a Carlos V, sino muchos de los que habían peleado contra éste bajo la enseña de las comunidades y germanías, paradoja frecuente que sólo es capaz de producirla la exaltación del amor patrio. Esto obligó a que los franceses levantasen el sitio de Logroño y a que se obtuviese el 30 de julio de 1521 una sonada victoria que puso en fuga a los ejércitos franceses, que se vieron perseguidos y derrotados como siglos antes lo fueron en Roncesvalles. Meses más tarde, rehechos franceses y navarros, se apoderaron de las fortalezas del Peñón y Maya rindiendo también a Fuenterrabía.

Y así quedaron las cosas porque hartó tuvo Carlos V que hacer con las guerras del Milanésado que entreteñían su atención con más interés y apasionamiento que los diminutos asuntos de Navarra. En esta situación de forzada calma la cuestión estaba planteada en estos términos: de parte de los navarros y franceses la aspiración suprema era echar de Navarra a los invasores, que desde hacía diez años ocupaban contra toda justicia las cuatro quintas partes del reino y en cambio Carlos V pretendía conservar una conquista que consideraba legítima y separar de esta querrela a los extranjeros que participaban en las revueltas de Castilla y de Navarra. ¡Pero los días de Navarra estaban contados! Después del éxito de Pamplona vino en treinta de junio el desastre de Noain, en el que el ejército del rey Enrique se vió obligado, en vergonzosa derrota, a repasar los Pirineos. Sin embargo, la situación no mejoró gran cosa, pues el alzamiento de los navarros continuaba en pie y los franceses sostenían bravamente la defensa de la plaza.

Mientras tanto, Carlos V, en 15 de diciembre de 1523, concedió lo que se llamó el perdón general, si bien a éste acompañó dos grandes listas de excepción, en las cuales se podían leer los nombres de Miguel de Javier, Juan de Azpilcueta, Martín de Goñi, Juan de Olloqui y Valentín de Jassu, todos los cuales quedaban despojados de sus bienes y eran condenados a muerte. La situación no podía ser peor en el castillo de Jassu y en todos los hogares próximos, ya que vieron desmanteladas sus fortalezas y reducidos todos a la más mísera situación. Carlos V, por entonces se mostró poco clemente, no queriendo ampliar el indulto o perdón general a las personas exceptuadas del mismo, sin que fueran bastante a tomar otra determinación el

regocijo y la alegría generales que causaron el triunfo de Pavía ni las exhortaciones que para que se mostrara clemente le dirigiera el Padre Fray Antonio de Guevara, enemigo encarnizado de los comuneros (1).

Continúa el cerco de Fuenterrabía, que duró dos años, durante los cuales los hermanos de Francisco Javier y muchos parientes y paisanos suyos permanecieron haciendo armas contra Carlos V. Por fin, en 19 de febrero de 1524, gracias a las conversaciones secretas habidas entre el Condestable de Castilla, el Mariscal de Navarra, Marqués de Cortes, que con Le Frange, capitaneaban la guarnición de la plaza sublevada, capituló ésta, siquiera costase a Le Frange el bochorno de su exoneración como capitán y la pública afrenta como caballero (2). De esta manera terminó la

---

(1) Más seguro es a los príncipes ser amados por la clemencia que no ser temidos por el castigo. Los que a V. M. ofendieron en las alteraciones pasadas dellos son muertos, dellos son enterrados, dellos están escondidos y dellos están huidos; razón es, serenísimo Príncipe, que en albricia de tan gran victoria se alaben de vuestra clemencia y no se quejen de vuestro rigor. Las mujeres de los infelices hombres están pobres, las hijas están para perderse, los hijos huérfanos y los parientes están afrentados; por manera que la clemencia que se hiciere con pocos redundará en remedio de muchos. («Cartas familiares de Fray Antonio de Guevara»).

2) El Emperador devolvió al Mariscal su hacienda en Navarra, le hizo del Consejo de Estado y Presidente de las Ordenes. Los caballeros y soldados navarros fueron indultados casi todos. Por su parte, el Rey Francisco sintió tanto la pérdida de Fuenterrabía, que al capitán Le Frange, compañero del Gobernador, le mandó prender, le afrentó en la plaza pública de Lion, mandó raer las armas de su escudo y le privó para siempre de ceñir espada. Muchos historiadores no se explican la gestación de la entrega de Fuenterrabía, pero hay que tener en cuenta que los sitiados se hallaban muy apurados y aunque hubo inteligencias del Condestable con el Gobernador, hay que tener presente que el Mariscal de Navarra era pariente de aquél, que los navarros eran súbditos rebeldes del Emperador y que rindiéndole la plaza volvían a la obediencia de su legítimo soberano. (Sandoval P. 25. L. XI).

sublevación de Navarra, permitiendo el Conde de Miranda salir a los revoltosos con armas y honores de guerra, garantizándose a la vez al señor de Javier el disfrute de sus bienes y de los derechos de sus abuelos. Fatigado Carlos V de la lucha confirmó la capitulación hecha, prometió el favor real a los navarros, anuló las sentencias dictadas contra los refugiados, dándoles un plazo de dos meses para reintegrarse a sus tierras y prestarle el debido acatamiento.

Los dos hijos de Juan de Jassu habían terminado su misión en el bando navarro, fueron fieles a Enrique D'Albret, como lo había sido su padre al rey Don Juan y una vez cumplido este deber de lealtad, en el que la familia se mantuvo luchando bravamente por más de diez años, pudieron volver a su casa a gozar de una tranquilidad bien ganada.

Fernando el Católico había dicho de sus antepasados Jassu y Azpilcueta que si lograba la adhesión de éstos estaba seguro de que no faltarían a su juramento. Desde que lo prestaron a Carlos V podía el Emperador fiar en la palabra de tan nobles caballeros, que hubieran observado esta actitud de no haber sido desconocidos los derechos de su antiguo rey, y si se hubiese usado con ellos la debida justicia seguramente hubieran cedido antes.

\* \* \*

Hemos podido apreciar, por lo que hemos dicho en anteriores páginas, cuáles fueron las turbulencias de Navarra y el estado social y económico en que se encontró este reino durante el período que medió (por cierto bastante largo) desde la Bula de Julio II, que fué la piedra de toque para la invasión de Navarra, hasta la

capitulación de 1524 en que terminó la guerra. En medio de inquietudes, tribulaciones, privaciones, por no decir miseria y angustias grandes, vivieron estos años los consortes Juan de Jassu y María de Azpilcueta, apuros que aumentaron durante la viudez de esta valerosa dama, que puede decirse que fué la mujer fuerte del Evangelio.

Durante el consorcio de aquéllos nacieron en el castillo de Javier a los cónyuges dichos, tres hijas, María, Ana y Magdalena. Más tarde, en 1495 y 1497, nacieron dos muchachos: Miguel y Juan. Magdalena fué agregada como dama de honor de la reina Isabel, quienes más tarde ofrecieron plaza y sueldo de paje a uno de los hijos de Jassu en la Corte de Madrid.

Francisco Javier, último de los hijos de aquel venturoso matrimonio, vino al mundo el 7 de abril de 1506, día de San Vicente Ferrer, santo de quien era muy devota la familia, dándose la coincidencia de que celebrándose con gran regocijo la festividad del esclarecido dominico, verdadero Apóstol de Occidente, naciese el que con generosidad infatigable había de serlo de Oriente, y consumir en éste las ternuras de su corazón y llegar a ser, como dice un autor, el Hernán Cortés de la Religión de Cristo.

Llamósele Francisco en conmemoración de Serafín de Asís, cuyos amorosos afanes por los humanos había de compartir andando el tiempo (1).

---

(1) Soy más amigo del viento,  
Señora, que de la brisa  
Y hay que hacer el bien de prisa,  
Que el mal no pierde momento

(José M.<sup>a</sup> Pemán. «El Divino Impaciente»).

Criado en la casa de sus padres, Francisco Javier participó de la bienandanza y prosperidad inicial del castillo, hasta que las revueltas políticas, los gastos de la campaña y las sanciones impuestas fueron mermando las rentas de la casa y con la reducción de ésta menguando el brillo y esplendor de la familia, la que haciendo un esfuerzo quiso, como es natural, dar a Javier una educación acomodada a su clase como cumplía a infanzones de Navarra y a familia tan esclarecida, ya que, como hemos visto, era de lo más linajudo de aquel reino (1). Sus padres, primero, y después,

---

(1) Pertenecía a una de las primeras familias de Navarra, dentro de la sencillez que la jerarquía nobiliaria de este reino, verdaderamente patriarcal, tenía establecida. La gradación de la nobleza era, como en Aragón, de labradores, infanzones, más altos los hidalgos y después nada más. Jerarquía muy elemental, y por tanto muy elástica, era fácil alcanzar el grado sumo. La Historia de los Jassu es una prueba fehaciente.

Ciento cincuenta años antes del nacimiento de Francisco, en la baja Navarra, en Jassu, cerca de San Juan de Pie de Puerto, vivían unos infanzones, probablemente los Echevarría. A mediados del siglo XIV, uno de los hijos menores, llamado Pedro, se estableció en una villa próxima, fundó la familia de los Jassu e hizo fortuna, pues fué encargado real de Pesas y Medidas. Su hijo Pedro Pérez le sucedió y llegó a ser Bayle; otro llamado Arnaldo emprendió buenas rutas en los negocios, casándose más tarde con la hija de uno de sus colegas, el Señor de Atondo. El ennoblecimiento de los Jassu fué cosa probada, como se demuestra en una averiguación hecha a instancias de Francisco, en las que un testigo, entre otros muchos, declararon: «He conocido a Arnaldo Pérez de Jassu y su mujer Guillerma de Atondo. Los he conocido viviendo anchamente en sus casas, viviendo como uno de los caballeros principales del reino, con caballos y criados y todo lo concerniente a hijosdalgos. Las armas del palacio de Atondo eran, sobre campo de Azur, dos bandas de oro y dos medias lunas también de este metal. Los Jassu tomaron por blasón un oso atado a una carrasca». Arnaldo de Jassu y Guillerma de Atondo son los abuelos paternos de San Francisco Javier. Tuvieron seis hijos; niños dos de ellos, Juan y Pedro. El mayor continuó en la Corte de Navarra las honorables funciones de su padre. Doctor por Bolonia, años más tarde fué, en 1472, Ministro de Cuentas en la Cámara de

durante su viudez, D.<sup>a</sup> María de Azpilcueta, trabajaron con objeto de formar el espíritu de Francisco en la piedad y en el saber. A ese fin, desde que entró en la edad de la razón, se rodeó a Francisco Javier de maestros competentes y adecuados, los que pronto pudieron apreciar las dotes de inteligencia y perspicacia que adornaban a nuestro biografiado y todo ello rodeado de una modestia angelical y de una reserva y seriedad impropia de su corta edad. Dió pronto pruebas del gran temple de su alma, cosa que parecía incompatible con sus pocos años (1) manifestando sobre todo una decidida inclinación a las letras y a los grados académicos, de lo que querían distraerle sus hermanos, más partidarios del estruendo de las armas que la paz de los estudios.

Era Francisco Javier, ya de niño, según uno de sus biógrafos, de cuerpo robusto, de complexión viva y ardiente, denotando sublimidad de carácter y voluntad

---

los Condes, en 1476 fué Alcalde Mayor, miembro, por tanto, del Parlamento Navarro y más tarde Juan D'Albret le otorgó el favor real de que su solar fuese declarado como de noble de primera clase.

El joven magistrado veía aumentar su fortuna de día en día; su esposa, María Azpilcueta, le aportó un saneado dote porque proveniente de una familia de Navarra entroncada con los reyes de este territorio y de Aragón, tenía el solar en su Castillo de Javier. (Cros. (L. M.) S. J. «Saint Francois de Xavier; son pays, sa famille, sa vie». Documents nouveaux, 1894).

- (1) Soy luz y barro del cielo;  
soy el polvo y el anhelo  
puestos en perpetua guerra;  
soy un poquito de tierra  
que tiene afares del cielo.  
Tan pronto la tierra toco  
como al cielo me levanto;  
¡no hay necio más vano y loco  
que yo, que, aspirando a tanto,  
he conseguido tan poco!

(José M.<sup>a</sup> Pemán. «El Divino Impaciente». Prólogo).

encaminada a los mayores designios. Tenía un exterior apacible y agraciado, un humor alegre y una inclinación vehemente al estudio, siendo en todo momento su rasgo más característico, el afán por complacer (1).

Su educación se debió hacer principalmente en el Castillo de Javier situado, como hemos dicho, en pleno campo y por consecuencia en medio de una vida de recogimiento y simplicidad no exenta de energía. Como adolescente navarro era fuerte, ágil y de complexión robusta, que le permitió dedicarse principalmente al juego de pelota y al salto, en los cuales no tenía rival, destreza de la cual frecuentemente se enorgullecía, vanidad pueblerina, presunción, de la que hubo de reprenderse andando el tiempo. Uno de los primeros libros que leyó era un pequeño infolio con tapas de cuero y cerraduras metálicas, donde se contenían escritas con caracteres primorosos las ordenanzas de Santa María de Javier, en cuya página 19 constaba el voto de sus padres al fundar la Abadía y las sanciones severas que imponían al que faltase a ese deber, frecuente lectura que hacía el adolescente Javier y que había de influir grandemente en su acendrado ascetismo. En cuanto a su vida espiritual tuvo por modelo a San Jerónimo, que sin duda influyó muchísimo en su vocación misionera; unido esto a las prácticas religiosas de la familia y las piadosas y literarias que veía cultivar en la Abadía, no es extraño que se formase Francisco Javier inclinado a ambas cosas.

Sus hermanos mayores, Miguel y Juan, destacaron, como hemos visto, en las armas y no revelaron la piedad cristiana del hermano misionero, pero en cambio su

---

(1) Tursellini. «De Vita F. R. Xaveri qui primus e Societate Jesu in India et Japonia Evangelium promulgavit». Roma, 1594, 8.<sup>o</sup>

hermana María entró de religiosa en el convento de Santa Engracia, de Pamplona, y su otra hermana llamada Magdalena, después de haber sido dama de Isabel la Católica y grandemente estimada por ésta, fué, años más tarde, Superiora del Convento de Santa Clara, en Gandía, y Ana de Jassu estaba destinada a ser madre de un misionero, Jerónimo Javier de Ezpeleta, que evangelizó el Mogol. Por otra parte, estaba el Doctor Navarro, a quien los romanos llamaban el santo español, hombre virtuoso y muy versado en ciencias eclesiásticas, de quien algunos Cardenales dijeron posteriormente «que si el Papa tiene el Derecho Canónico en el tintero, el Doctor Navarro lo tenía en la cabeza». Con estos antecedentes era fácil presagiar, teniendo en cuenta además las dotes naturales de Francisco, cuál había de ser su inclinación en el mundo.

Desde los primeros momentos se notó la afición a las letras en Francisco Javier y pronto fueron de advertir en él, por los clérigos de la Abadía y por los profesores de Humanidades de Sangüesa, que la siembra que en su inteligencia hacían, no resultaría infecunda, así como pudieron darse cuenta sus maestros de que era hombre de altos vuelos, que habían de constreñir un poco la penuria impuesta por los acontecimientos políticos del Castillo (1).

Su fuerte inclinación a las letras, por un lado, y la experiencia triste de los funestos acontecimientos de Navarra, las zozobras y pesadumbres que vió sufrir a

(1) En 1508 los Reyes Católicos quisieron traer a su Corte, como paje, a uno de los hijos de Juan de Jassu, cosa que no pudieron hacer por haber desaparecido ya del Castillo las rentas adecuadas a las casas de los grandes. (J. M. Cross, S. J. «Saint Francois Xavier dans l'Europe et dans L'Inde»).

su madre por las inquietudes que los hermanos militares producían en su hogar por la azarosa vida de campaña, aparte de su natural dulce y pacífico, supieron vencer los halagos de sus hermanos y parientes para que, siguiendo la carrera de las armas, continuase las tradiciones de la familia, y lo decidieron en cambio a proseguir, con más afán sin duda, sus estudios literarios. Pero en medio de su sencillez y de su aplicación, no estaba Francisco exento de los defectos propios de los de su clase. Sentía la noble emulación que hace apetecer los honores mundanos y el mismo estudio y el ambiente de que se hallaba rodeado le llevaba a aumentar sus aspiraciones (1).

Una vez tranquilizada Navarra, renació la paz en el Castillo y con la vuelta de los hermanos cesaron las inquietudes de la castellana de Javier, la que vió, por otra parte, aumentados los ingresos de su patrimonio. En estos momentos llegaba Francisco Javier a sus dieciocho años y era el momento de que se pensase en orientar la vocación científica del mismo.

\* \* \*

(1) Pronto, que como un carbón  
Me quema el alma tu ultraje  
Y me tarda la ocasión  
De enseñarte quiénes son  
Los hombres de mi linaje.  
Quizás  
Mientras mi afán más y más  
En el mundo se concentra,  
Hay algo en mí que no encuentra  
Nunca en el mundo su paz.  
Y aunque yo mismo de grado  
Confesármelo no quiera,  
Vuelvo de cada quimera  
Con el airón desplumado  
Y chafada la cimera.

(J. M.<sup>a</sup> Pémán. «El Divino Impaciente»).

En septiembre de 1525, Francisco de Jassu y Javier marchaba hacia París para seguir y avanzar en sus estudios en aquel centro del saber más acreditado de Europa y que era, según expresión del Doctor Ramos, «Universidad no de un pueblo, sino de todo el mundo». De lo que era la Universidad y sus Colegios incorporados o que más bien la integraban, nos ocuparemos más extensamente, pero por el momento hemos de ver por qué razón se inclinó la familia de Javier por la Universidad de París teniendo en España ya en aquella sazón las célebres de Salamanca y Alcalá, que tanto relieve y tanta importancia tenían en aquel entonces (1).

(1) Era entonces el tipo de Universidad, Salamanca, que reclamaba su nunca disputado monopolio de las letras humanas, pero Cisneros quería dar comienzo a la vida universitaria en su Colegio Complutense, para lo cual había hecho diseminar por todos los ámbitos de España circulares en que se anunciaba la apertura del curso para los días de San Lucas de aquel año de 1508. La Universidad Complutense, tal y como la ideó el sabio franciscano, es una obra genial, única en su género, y el monumento más acabado que el mismo Cisneros levantó a su prudencia, a su cariño, a su piedad y a su saber. En ella debían de encontrar los estudiantes de la clase pobre, todos los elementos necesarios para una formación literaria y científica lo más profunda que daban de sí los medios de aquella época, por su amor especial a los jóvenes pobres inclinados por vocación al sacerdocio. El generoso fundador dejó rentas en su testamento para fundar dieciocho colegios gratuitos. Decía en las constituciones del Colegio que los que hayan de ser admitidos a las prebendas del mismo, tengan por lo menos veinte años, que hayan oído Súmulas, que sean tan pobres que en el tiempo de su elección no tengan de renta, beneficio o patrimonio más de veinticinco florines de oro de Aragón. Tenían que recibirse además tantos estudiantes pobres como cupiesen en los aposentos que sobrasen, una vez instalados los prebendados y capellanes. A éstos, que se llamaban *porcionistas*, se les servía la comida en el refectorio y se les daba cama, sillas, barbero, lavadero y médico, admitiéndose además para dormir a todos cuantos estudiantes pobres pudiesen

No hay que olvidar que aunque Navarra fué independiente estaba todo el reino y la casa D'Albret bajo la influencia francesa y eran más frecuentes las relaciones de Navarra misma con Francia que con Castilla. Sinnúmero los estudiantes que de España y otras naciones acudían a la Universidad de París, pues, como dijimos más arriba, fué ésta el faro de donde irradiaba la luz de la ciencia por todo el mundo, siendo el mayor contingente de estudiantes españoles, portugueses e italianos, que formaba el núcleo de tres a cuatromil alumnos, que constituían la población escolar de París.

Atraída la familia de Javier por el esplendor de este centro universitario, Francisco, seducido también por la aureola de que aquellos estudios estaban nimbados y siendo hombre de altas empresas, determinaron su preferencia por París, ya que era insuficiente a contener su capacidad intelectual y sus afanes académicos el Estudio Mayor de Sangüesa, donde si bien había excelentes maestros y repetidores, ni éstos ni los de Pamplona bastaban para los afanes del buen estudiante. No se crea que los Colegios de Sangüesa eran despreciables en esta época, ya que en la simpática villa Navarra había colegios donde se hacían estudios en las mejores condiciones, existiendo adosadas al colegio una porción de excelentes pensiones donde los estudiantes que de distintos y lejanos sitios acudían a Sangüesa a adquirir enseñanza e instrucción, encontraban, además de las satisfacciones y de la cultura que

cabían en los patios y otros aposentos, que recibieron el nombre de *leonerías*, y a los favorecidos con el albergue se les llamaba *camaristas*. Entre esta clase estudiantil de la Universidad de Alcalá salieron hombres tan notables como Tomás de Villanueva y Cervantes Saavedra, santo el uno, e inmortal autor de «El Quijote» el otro. (Alberto Risco. «Fray Francisco»).

lograban en el Estudio Mayor, buenas habitaciones, higiénica alimentación, parteral vigilancia y prácticas de sólida piedad, para lo cual contaba la villa con cuatro iglesias parroquiales y cuatro conventos. Para los ejercicios corporales o deportes, como diríamos hoy, las riberas del Aragón prestaban todos sus encantos y atractivos (1).

Es indudable, pues, que la inicial instrucción que Francisco adquirió en el Castillo con los clérigos de la Abadía, la completó en el Estudio Mayor de Sangüesa, en las pequeñas estancias que realizaba en Pamplona, ya que gracias a la tranquilidad que reinaba en este país, después del perdón general y al restablecimiento de las rentas de la casa de Javier, se debió el que Francisco pudiera ir a realizar sus estudios en París; y véase cómo diez cahices de trigo que producía de renta el molino de Burguete a los señores de Javier, que de tiempo inmemorial gozaban de este derecho de molturación, habían de asegurar la pensión de nuestro estudiante en París.

(1) El Colegio de Sangüesa fué célebre en toda aquella comarca, y funcionaba en 1545 bajo la dirección del beneficiado Damián de Ardanaz y del bachiller Alonso de Quintana. En local aparte Martín de Liedena enseñaba a los niños las primeras letras. El Colegio de Sangüesa estuvo siempre servido por excelentes maestros y repetidores. La villa abría concursos y los aspirantes a las Cátedras venían de muy lejos. Entre sus profesores, además de los nombrados, se hicieron célebres el licenciado francés Caup y los españoles Ocha-gabía, Burrete, Hernaut, Esclarino, el Padre Aguilar, que enseñaba Filosofía, y el Padre Auricana, que enseñaba Teología. En el Colegio todos los días había clases de Gramática, Humanidades, Retórica y Dialéctica; no se podían conceder grados superiores, pero los que los pretendían iban a recibirlos a otras Universidades, principalmente a la de Huesca. En el estudio Mayor de Sangüesa, se daban abundantes clases de Bellas letras y el griego se enseñaba con la misma facilidad que el latín. (José M.<sup>a</sup> Cros. «Saint Francois Xavier dans l'Europe etc.». Privat. Toulouse, 1900).

Fué en septiembre de 1525 que Francisco Javier dijo adiós a su madre y con otros compañeros navarros llegó en primero de octubre a París, donde en aquel entonces, como ocurre hoy, se abría el curso académico. La despedida de Francisco debió de costar muchas amarguras a D.<sup>a</sup> María de Azpilcueta, la que no había de volver a ver a su hijo, sino en el cielo, y si bien años más tarde había éste de pasar por Javier camino de Lisboa y de las Indias, D.<sup>a</sup> María de Azpilcueta había fallecido en 1529. Es probable, sin embargo, al menos así lo dicen la mayor parte de los biógrafos de Francisco, que éste antes de emprender el viaje, del que no había de volver, quiso despedirse mentalmente y a distancia del Castillo de sus mayores y de todos aquellos contornos para él tan queridos. Cuentan los biógrafos que a requerimientos de D. Pedro Mascareñas, Embajador de Juan III de Portugal, pasó Francisco por Pamplona y por Javier y señalan el sitio llamado de «Peñas del Adiós» desde donde, con la mirada velada por alguna lágrima, producida por la natural emoción, se despidió de aquellos lugares donde se deslizó su niñez (1).

(1) José M.<sup>a</sup> Cros S. J. «Saint Francois de Xavier, sa vie et ses lettres». Tome premier, p 161. Toulouse, 1900.

*Javier.* Nadie me dispute a mí el derecho  
De montar la mula coja,  
Que yo la pido el primero.

*Mascareñas.* ¿En mula coja un soldado  
De Navarra?

*Javier.* Y no la cedo.  
El Padre Ignacio me tiene  
Muy reprendido este fuego  
De mi impaciencia, y así  
No me vendrá mal, espero  
Que lo que yo ande de más  
Lo ande la mula de menos.



Llegado a París a fines de septiembre de 1525, se abre para Francisco un nuevo horizonte y unos derroteros por donde había de deslizarse su nueva vida, en la que iba a cosechar laureles y triunfos innumerables.

\* \* \*

En el siglo XVI París se hallaba dividido en tres grandes barrios, a saber: la ciudad, la Universidad y la Cité propiamente dicha. En el más pequeño de ellos en extensión, la Universidad, encerraba en su recinto todos los Colegios y más antiguos conventos. Los Colegios que existían de tiempo atrás eran muy numerosos, aunque todos ellos distintos en su organización. Entre estos colegios estaban diferentes Instituciones, en las cuales se enseñaba Teología, Derecho Canónico, Medicina y Artes y la mayor parte de estos colegios, aunque daban alguna clase particular y tenían diferentes Estatutos, rigiéndose con absoluta independencia, enviaban sus alumnos a cursos comunes y públicos. Entre los Colegios más célebres estuvieron los de Santa Bárbara, de Beauvais, de Calvi, de Plessis, Sorbonne, Colignon y Stanilas, que como células de una colmena servían sus aulas, para que en ellas los aplicados estudiantes, libasen, como las hacendosas abejas, el néctar del saber.

Ciertamente que desde 1253 funcionaba ya la institución fundada por Roberto de Sorbonne, canónigo de Cambrai, establecida en la montaña de Santa Genoveva,

Vamos, pues, en mula coja  
A las Indias, compañeros,  
Que así, pasito a pasito,  
Se irán templando y supliendo  
La cojera de mi mula  
Y la ambición de mis sueños.

(J. M.<sup>a</sup> Pemán. «El Divino Impaciente»).

fundada bajo los auspicios de San Luis, Rey de Francia. En esta Institución se recibían seis maestros de arte, pobres, aspirantes al doctorado en Teología.

Las disputas teológicas y las prácticas de enseñanza habían preparado la fundación de aquel Instituto, que más tarde había de ser la Universidad de París. A fines del siglo IX Remi d'Auserre daba lecciones de Dialéctica y de Música; el canónigo de Lieja, Hubold y Lambert, discípulo de Fulbert, de Chartres y del parisién Drogon, daban cursos públicos de Dialéctica y Música, así como más tarde Guillermo de Champeaux y Pedro Abelardo, con sus famosas lecciones, constituían el atractivo mayor para el establecimiento de la Universidad, deseada por todos los estudiantes y profesores que querían más amplitud de miras, un mayor margen para su expansión cultural y deseaban hallarse sustraídos a la autoridad del Obispo. Gracias a ello, las faldas de la montaña de Santa Genoveva se fueron poblando de edificios pertenecientes a distintos Colegios.

La organización interna de la Universidad, que, como se ha visto, nació espontáneamente del afán de crear un organismo vivo e independiente, determinaba que la enseñanza fuese distinta y nos encontramos que sus estudios de artes liberales: Derecho, Medicina y Teología, constituyeron las diferentes Facultades del mismo nombre. Los profesores y los estudiantes se fueron agrupando, no sólo según sus respectivas aficiones, sino también según su país de origen, sus lenguas y sus simpatías, reuniéndose en cuatro principales grupos, que se llamaron Naciones: Nación de Normandía, para normandos y bretones; Nación de Picardía, para los de éste país y los walones; Nación de Inglaterra, que desde 1343 se llamó de Alemania, común a ingleses, alemanes

y suecos, y Nación de Francia, para los de origen latino, y principalmente para los que procedían de las provincias metropolitanas de París, Sens, Tours, Reims y Bourges.

Cada Nación tenía un procurador; más tarde, cada Facultad elegía un Decano. Desde 1245 empezó a elegirse Rector como Jefe temporal de la Universidad, bajo cuyas órdenes estaban los demás funcionarios de la Universidad llamados *Suppositi*, Síndico, Tesorero, Secretario, Libreros, Encuadernadores, Escribientes y personal subalterno de la Universidad. Claro está, que poco a poco, se fué modelando de modo más progresivo la organización de la Universidad, haciéndose cada día más sensible el deseo de que fuese Entidad autónoma, sin depender de la autoridad del Obispo ni de la del Cancelario. Desde 1231 los profesores son los que redactan los reglamentos de estudios, de acuerdo con los escolares, y en 1231 adquiere la Universidad el derecho de suspender sus trabajos si no le es otorgada plenamente justicia en sus aspiraciones. En 1252 obtiene el derecho de usar sello propio como emblema de su independencia y como garantía de su libertad. Entre los estudiantes, en su mayor parte pobres y ávidos de saber, no se notan las diferencias procedentes de la nacionalidad, de la lengua, sino que todos logran borrar esas diferencias con la comunidad de aspiraciones, la alegría propia de la juventud y la penuria general, achaque inherente en todos los tiempos a la gente que se dedica al cultivo de las letras. Sin duda la oposición holgada y el estómago muy lleno, dificultan el estudio y embotan el entendimiento. Los pobres estudiantes de la Universidad de París, como los camaristas de Alcalá y Salamanca, tenían que andar mendigando por las calles

con voz plañidera el sustento para su trabajo cotidiano. Era familiar en la Sorbonne a este respecto la triste cantinela de los estudiantes cuando decían:

«Le bons enfans orrez crier  
Du pain nes veuil pas oulier» (1).

Para evitar este espectáculo lastimoso Gregorio IX ordenó que una comisión mixta de dos profesores y dos vecinos honrados procurasen aliviar esta situación, y aunque pobreza no es deshonra si es igual para todos, en el Colegio de Roberto Sorbonne se adoptó la norma de «Vivere socialiter et collegialiter et moraliter et scholariter» Bajo estas normas adoptadas por Roberto Sorbonne y la tenacidad perseverante de éste, se logró llegar a echar los jalones de la Universidad de París, estrella rutilante que había de iluminar las inteligencias, fuente inagotable de ciencia y manantial inextinguible de cultura. No sólo por lo abundante y provechoso de las lecciones de sus maestros era famosa la Universidad de París, sino también por ser la dispensadora magnánima de la ilustración por todo el mundo, por medio de la imprenta, pues desde 1470 a 1473 una multitud de pergaministas y copistas tuvieron que ceder el paso a las tareas de la naciente imprenta, que Fraiburger, Ulrico Gering y Martin Granz habían de empezar grabando el alfabeto de letras y signos bajo la dirección del bibliotecario Guillermo Fichet, que los había mandado venir para instalar la imprenta.

En el siglo XVI Richelieu llevó a cabo la gran reforma de la Universidad de París, cuya primera piedra del edificio actual fué colocada el 18 de marzo de 1627.

(1) Guillaume de Villeneuve. «Crieries de Paris».

Continuó con sus Facultades o Secciones añadiéndose la Facultad de Letras y la de Ciencias y más tarde la de altos estudios, que ha llegado hasta nuestros días, y que comprende Matemáticas, Física y Química, Historia Natural y Fisiología, Ciencias históricas y filológicas y luego, cuando se suprimió la Facultad de Teología, se creó la Sección de Ciencias religiosas. Anteriormente se había establecido también una Sección dedicada a fomentar la pintura, la música y la escultura, celebrándose animadas fiestas, que hacían de la Sorbonne un sitio agradable y de reposo, bien ganado por los que se dedicaban al penoso esfuerzo de estudiar.

\* \* \*

El Colegio de Santa Bárbara no estaba propiamente fundado en 1525, pues su verdadero desenvolvimiento como tal Colegio no llegó a verificarse hasta 31 años más tarde; sin embargo, en la fecha en que llegó Francisco Javier a París ya funcionaba éste como sus similares de Mans y los que hemos indicado más arriba, siquiera fueran en un principio pequeños centros académicos, donde se reunían, gracias a la caridad ajena, estudiantes de una misma provincia, diócesis o nación y allí encontraban comida y lecho gratis hasta obtener sus grados académicos. Los que tenían esta suerte por ganar la oposición que ordinariamente se hacía para el ingreso, se llamaban *bolsistas* y en estas instituciones donde se reunían los escolares, a fin de que no vagabundeasen y perdieran el tiempo, eran puestos bajo la dirección de hábiles y expertos maestros, constituyendo una fracción imperceptible de la población universitaria. La mayor parte de los estudiantes vivían fuera de los Colegios, bien por su cuenta aisladamente,

o en habitaciones organizadas en *repúblicas* bajo la dirección de un jefe que era el que se encargaba de la administración. De todos estos sitios acudían a las lecciones públicas, principalmente de Filosofía y el resto del tiempo que no empleaban en el estudio lo invertían, como es achaque común de la juventud, en jolgorios y bullicios rayanos a veces en reprehensible libertinaje.

Para evitar todos estos males se fundaron estos Colegios donde se daban lecciones a horas fijas, evitando también los malos resultados de las llamadas pedagogías que funcionaban aisladamente. Según nos cuenta Felibien en su Historia de la vida de París publicada en 1725, el Colegio de Santa Bárbara debió su fundación a un profesor de Derecho Canónico llamado Juan Hubert, estableciéndolo en un edificio de la calle de Reims, cerca de Santa Genoveva. No falta, sin embargo, quien cree que fué el hotel de Chalon la verdadera cuna del Colegio de Santa Bárbara, pero es lo cierto que establecido en uno o en otro sitio funcionaba ya con todo esplendor en 1454, y como una expansión del Colegio de Navarra que fué el más considerable de la Universidad, ya que estaba integrado por setenta *bolsistas*, de los cuales veinte por lo menos, se dedicaban al estudio de la Teología, formando la primera división del establecimiento y eran ordinariamente presbíteros y beneficiados en su mayor parte. Desde luego que éstos querían que predominasen los estudios clásicos, exigiendo para ello un alojamiento aislado del bullicio que producían los escolares mozalbetes, de los cuales estaban separados para huir del jolgorio los *bolsistas*. Estas y otras pequeñas infracciones de los Estatutos del Colegio determinaron quejas que fueron presentadas por Guillermo de Chateaufort a la Majestad de Carlos VII, ya que

siendo el Colegio de fundación real, al Monarca correspondía mantener la observancia estricta de los Estatutos. El bachiller Lenormant fundó Santa Bárbara más que como pedagogía como Colegio, y estableciendo clases en las que bajo su dirección debían los profesores aplicar los métodos oportunos de enseñanza, repetir las lecciones y procurar la ascensión intelectual de sus alumnos; siendo de notar que fué norma continua de su fundador y directores pensar, que el porvenir de un Colegio estriba más en la disciplina y excelencia de la enseñanza que en la abundancia de medios económicos. Algunos autores se extrañan de que este Colegio de Santa Bárbara se llamase así porque no era costumbre en París colocar esos establecimientos bajo la advocación de ningún santo. Ordinariamente solían llevar el nombre del fundador o recibían el del país de donde procedía el mayor número de *bolsistas*. El asilo académico que Lenormant abrió a la juventud de todos los países, precisamente por ese carácter internacional que tenía, no podía llevar como título el nombre de un país determinado y por eso, buscando un personaje joven entre el martirologio, escogió a Bárbara, jovencita cristiana que había recibido del mismo Orígenes los fundamentos de la fe y que en Nicomedia mantuvo hábiles discusiones contra los acérrimos defensores del paganismo griego. El símbolo de esta santa, glorificada por su fe y por su valor en las controversias, había de parecer necesariamente aquella sociedad de la edad Media como lo fué Minerva en la antigüedad. Por otra parte, el nombre de Bárbara, en su acepción latina y universitaria, no representaba solamente el nombre de una santa, sino que era, en lenguaje elemental de las escuelas, el argumento inicial y obligado, el silogismo

articulado con premisa mayor y menor y consecuencia, sobre generalidades positivas. Además, por la definición de Bárbara con que comenzaban la mayor parte de las verdades morales era nombre corriente y adecuado para un Estudio de ese fuste.

Esto que parece una puerilidad, no lo es, si se tiene en cuenta la afición a los estudios y la creencia corriente en la escuela de que proporcionaba acierto y éxito en los estudios que se inauguraban bajo la invocación de Bárbara. Los alumnos de este Colegio formaron una compañía más en aquel formidable ejército de estudiantes y se les llamaba bárbaros, barberines, barbaristas, si bien ordinariamente se les llamaba barbistas.

\* \* \*

Ya hemos dicho antes que el Colegio de Santa Bárbara era patrocinado en cierto modo por los Reyes de Francia y tuvo que sufrir en muchos momentos las oscilaciones y vaivenes que se dejaban notar en la Corte. Luis XI, Príncipe muy celoso de su autoridad, dejó sentir el peso de su carácter severo sobre la Universidad de París y sobre el Colegio de Santa Bárbara por tanto. Lenormant, fundador de este Colegio, trabó conocimiento con el Rey, en Tours, poco después de su consagración y fué el portador e intérprete cerca de la realeza, de la Universidad, que presentó sus homenajes al Monarca y a la vez le pidió la confirmación de sus privilegios. En la primera entrevista no sacó gran partido de la voluntad real y fué bastante estéril su embajada. En 1466 por segunda vez se le comisiona por la de París, como Director del Colegio de Santa Bárbara, para exponer al Rey las quejas de la Universidad, y en esta segunda misión obtiene más éxito, como veremos, gracias a

haberse hecho en el intermedio director espiritual de la Gran Cofradía de burgueses, cosa que agradó al Rey porque así, por este medio, creía tener más segura influencia sobre esta Entidad que ejercía su poderío en muchos sectores de la vida francesa y también por la razón de que simpatizaba Lenormant tanto cuanto era posible con las libertades galicanas, cosa que no desagradaba al Rey. A pesar de esta buena disposición del Monarca a favor de la Universidad y del Colegio de Santa Bárbara, hubo algunos acontecimientos que dificultaron la tan deseada aproximación entre la Corte y la Universidad. Se había aumentado el número de alumnos gracias a la disminución que se hizo de los estudiantes llamados *martinets*. Eran estos estudiantes de una clase social inferior que pululaban por la Universidad poco menos que a merced de la caridad pública y de la conmiseración ajena por su baja condición social; por el género de vida que llevaban eran los llamados *martinets* los que representaban el vestigio de una sociedad estudiantil menos civilizada, pues aunque entre estos estudiantes de ínfima categoría social había, porque no podía menos de ser, muchachos de buena disposición y de buen natural, había otros que dejaban mucho que desear, parte por su aplicación como por su conducta, ya que tumultuariamente, recorrían posadas, tabernas y otros lugares «non sanctos» armando frecuentes tremolinas que eran el escándalo de la ciudad. Para evitar esto se ordenó por el Monarca que no fuesen admitidos en lo sucesivo esta clase de estudiantes sin que presentasen un certificado acreditativo de haber pasado todo el tiempo de estudios en un colegio, en una pedagogía o por lo menos en casa de un vecino honrado y conocido de las autoridades académicas. Durante

algún tiempo estas disposiciones tomadas para reducir el número de *martinets*, así como para cortar sus abusos, produjeron momentáneamente efecto, pero con todo hubo necesidad frecuente de recordar las sanciones impuestas. Otro abuso común a la Universidad y a algunos Colegios, al que hubo de ponerse coto por el Gobierno de Luis XI, era la celebración de la fiesta llamada regalía en el argot estudiantil y que en realidad era una verdadera saturnal. En los días en que ésta se celebraba, las puertas del colegio estaban abiertas de par en par, los estudiantes se disfrazaban, y no siempre con el mejor gusto, y de esta guisa celebraban una gran asamblea en la cual se elegía el *rey de los tontos*. No siempre eran fiestas de buen humor y pacíficas, pues en 1479 estas famosas elecciones, que de ordinario servían como expansión al espíritu juvenil, degeneraron en sangrientas reyertas, y lo que en un principio fué alegre pasatiempo, se convirtió en motivo de trastornos y de disgustos; por eso el Rey trató de poner coto a esos desmanes y hacer que la disciplina universitaria fuera más severa. Otro motivo de disgusto que tenía la Universidad, y del que deseaba obtener reparación, era que durante el reinado de Carlos VI se adoptó, según dice un autor (1), la medida ridícula de que hubiese una organización militar dentro de la Universidad integrada por alumnos y profesores. Estos hicieron ver al Rey lo disconforme que era tal pretensión con los hábitos universitarios, pero Luis XI no vaciló en que la toga cediese a las armas y esto determinó a la larga que en el seno de la Universidad se crease un grupo de espadachines y bravucones que perturbaron grandemente su vida. También hubo

(1) Duboulay. «Historia universitatis Paris». Tomo V. pág. 652.

otro motivo de discordia y de intromisión del poder real en los fueros de la Universidad. So pretexto de sofocar algunos conatos de conspiración, más o menos fantásticos, Luis XI hizo prestar juramento de fidelidad a los universitarios y efectivamente, por grupos fueron llevados al convento de los benardinos, donde los comisarios del Rey recibían el juramento de fidelidad que había de prestar todo el Colegio de vez. Se dió el caso peregrino de que los hijos de campesinos y los más humildes estudiantes fueron los que pronunciaron el sí con más firmeza. Solamente dejaron de prestar ese juramento cuatrocientos que pertenecían al ducado de Borgoña, abstención que molestó profundamente al Rey, que montando en cólera, mandó conducir por bedeles a las fronteras, a los estudiantes rebeldes.

No dejaron de hacer su mella también, produciendo trastornos en el seno de la Universidad, las clásicas luchas entre nominalistas y realistas, bando este último capitaneado por el confesor de Luis XI, Obispo de Avranches. Estas banderías causaron hondas perturbaciones en la vida universitaria y para ver de terminarlas se destacó una comisión de cada bando, siendo vencido el nominalista, siendo condenadas por tanto las doctrinas de Ockham, condenación que se tradujo en la destrucción de libros que participaban de las teorías de éste, exigiéndose además a los profesores juramento de que dejarían de explicar en lo sucesivo aquellas doctrinas bajo pena de suspensión. Así fué establecido por la Ordenanza de 1474, por la que el Rey encargaba al primer Presidente del Parlamento de la censura de todos los libros de Filosofía de los Colegios, mandando destruir todos aquellos que contuviesen doctrinas perniciosas.

En vista de todas estas turbulencias Lenormant creyó

conveniente dejar la dirección del Colegio de Santa Bárbara y ceder éste a Martin Le Maistre, quien había sido rector de la Universidad al tiempo de la fundación del Colegio y persona de gran ascendiente en París. Gracias a sus talentos y a sus múltiples relaciones, pudo este ilustre vástago de una familia de jurisconsultos, llevar el Colegio al más alto grado de esplendor procurando que especialmente brillase; no solamente se desarrolló con gran apogeo la doctrina escolástica, sino que se cultivó todavía más que nunca la retórica y la lógica, dedicándose a escribir varios libros para que los alumnos pudieran aprovechar en estas materias, principalmente «Comentarios a las Instituciones de Quintiliano», el tratado sobre Herennius, un tratado sobre Porfirio y otros no menos notables sobre el Destino, otros sobre la Templanza y la Física de Alberto el Grande. Nuevos disgustos habían de amargar en el Colegio de Santa Bárbara a los Directores, por las polémicas que se suscitaron entre ellos y el Colegio de Calvi, que se disputaba con su rival la incorporación del Pequeño Colegio de Navarra. Jefe principal de estas intrigas fué el Arzobispo de Narbona, que protegido por la Corte, hacía en este asunto un poco la contra al Colegio de Santa Bárbara.

A pesar de ello fué tan acertada la dirección de Le-maistre que Santa Bárbara mereció los títulos de Colegio Muy Frecuentado, Muy Floreciente, Muy Renombrado, de los que gozó durante muchos años, siendo el principal elemento de cultura y de colaboración a la tarea de la Universidad.

La Universidad de París era en el medioevo, una república de profesores, federal en cierto modo, representando cada uno de ellos a las siete Compañías o



Naciones de las que hemos hablado antes, tres de las cuales eran las Facultades de Teología, Derecho Canónico y Medicina reputadas como las superiores de la enseñanza, y una Facultad inferior, que era la llamada de Artes, que abrazaba todo el personal docente de Colegios y maestros, que formaban a su vez otras Compañías en número de cuatro.

El Rector gobernaba la Facultad de Artes a la vez que la Universidad, resolviendo los asuntos corrientes de una u otra Facultad por medio de un Tribunal, que funcionaba tres veces por semana, siendo asistido por los Jefes de las Naciones y de las Facultades. Los asuntos más graves estaban reservados a las Asambleas generales, que se celebraban en la Iglesia de los Mathurinos una vez al mes. Las funciones del Rector, no eran de larga duración, era un cargo que duraba sólo tres meses, sin que ninguna consideración de méritos propios, ni pretexto alguno de interés público, recomendase la reelección, por temor de que aficionándose al poder, no quisiese abandonarlo el elegido. La Universidad mantuvo durante mucho tiempo incólume el sentimiento de corporación y el espíritu de clase superior; no sufría lo más mínimo con esta movilidad de Rectores, ya que como organismo perenne, estaba la Asamblea, el Tribunal del Rector y el Greffier, equivalente a nuestro Secretario general.

La Facultad de Artes contribuía por sí sola a la elección de Rector, que se hacía en dos momentos. Los maestros de Arte, reunidos en la Iglesia de San Julián el Pobre, cerca actualmente del Hospital, escogían entre ellos dos electores, uno de cada Nación, llamados *intrans*, equivalentes a nuestros compromisarios actuales, que entraban a formar parte del *cónclave*, que en el

fatal término de veinticuatro horas, habían de designar al Rector. Su elección recaía ordinariamente sobre un profesor de prestigio, no sólo por sus dotes de ciencia, sino por su circunspección y buena conducta. Claro está que no siempre, achaque humano muy común, era elegido el mejor, sino que muchas veces el más atrevido era el que en su osadía conseguía los sufragios de la generalidad. Una vez elegido el Rector, su antecesor le daba posesión en nombre de la Santísima Trinidad, colocaba su birrete sobre la cabeza del agraciado, un manto de armiño sobre sus espaldas y una especie de palio cardenalicio conteniendo el sello de la Universidad y el emblema de las llaves de la caja común. Por este procedimiento tan democrático, podía ser un modesto licenciado o bachiller, no sólo el árbitro de los estudiantes y compañeros, sino un personaje importante dentro del Estado. Si funcionaba el Parlamento, el Rector de la Universidad tenía un puesto preferente entre los nobles y varones; si por desgracia moría en el ejercicio de sus funciones, su cuerpo era enterrado en San Dionisio, en el Panteón de los Reyes; si los privilegios de la clase eran violados o desconocido el fuero universitario, podía suspender las clases y los ejercicios de predicación, lo que ocasionaba indiscutiblemente el motín de los estudiantes y la perturbación en las conciencias (1).

Los exámenes entonces, como ahora, solían dar serios disgustos en la Universidad de París, principalmente en la Facultad inferior de Artes, los disturbios producidos por los exámenes eran frecuentes. El grado de bachiller,

(1) Thourot. «De l'Organisation de l'enseignement dans l'Université de Paris au moyen âge». 19; Robert Goulet. «Compendium de multiplici parisiensi universitatis».

que venía a ser la consagración del favorecido en el aprendizaje de la Filosofía, venía a ser el coronamiento de la instrucción que se daba en los Colegios. Para ser admitido a estos exámenes era preciso estar versado en Lógica y en todas las materias que constituían la fundamental instrucción literaria. Estos exámenes los sufrían los alumnos por los profesores de cada Nación y el título de Bachiller consistía en un simple certificado.

Más solemne era, sin disputa, el examen merced al cual se obtenía la licenciatura. La Lógica fundamental, la Dialéctica y la Metafísica en grados superior, junto a nociones de Geometría y Astronomía, constituían la base de las asignaturas. El examen se sufría unas veces en Nuestra Señora de París, otras veces en Santa Genoveva. Allí, bajo el cancelario de la Catedral o de la Abadía, que estaban investidos por la Santa Sede de la Facultad de conferir grados o licencia, otorgaban la facultad de enseñar en nombre de Aquel que dijo: «Id y enseñad a toda Criatura». Los exámenes que se celebraban en Nuestra Señora se llamaban los exámenes de abajo y los que se celebraban en Santa Genoveva se llamaban los de arriba o superiores. Los Colegios enviaban sus alumnos indistintamente a sufrir los exámenes a uno u otro sitio.

Los Cancelarios de Nuestra Señora o de Santa Genoveva obraban con absoluta independencia, si bien eran asistidos en sus funciones por cuatro *tentadores* elegidos entre las cuatro naciones. El de Nuestra Señora designaba sus tentadores con carácter permanente; el de Santa Genoveva sólo tenía el derecho de presentación, siendo su designación de la exclusiva competencia de la Facultad.

El examen de Licenciatura consistía en una doble prueba, una pública y otra secreta. La primera, que era

por escrito, era eliminatoria, establecida con el fin de escoger entre los numerosos bachilleres que se presentaban a sufrir la prueba de la licenciatura, que era difícil y expuesta. Los tentadores de Santa Genoveva, así como los designados por el Canciller, no presidían ni juzgaban más que la prueba pública; para la prueba privada o de cámara había otro jurado cuyo nombramiento pertenecía a la Facultad de Artes y cuyos miembros eran renovados mensualmente. Por lo demás, las cosas pasaban lo mismo en los dos exámenes. Al fin de cada mes, bajo la indicación de los tentadores, el Cancelario invitaba los candidatos que se consideraban aptos a presentarse en día señalado en traje de capa en la Iglesia y allí, después de ser arengados y exhortados al cumplimiento de su deber, recibían la facultad de enseñar, «hic et ubique terrarum». Pero aun todas estas solemnidades no bastaban para la efectividad de la misión docente. Precisaba, para lograr la plenitud de ésta, un acto último, especie de confirmación de *pase* que había de conceder la Corporación o Colegio de Artes. Este último acto era la *inceptio* concedida por cada nación. Después de otorgada se recibía el bonete, insignia del profesorado y el título de Maestro de Artes, equivalente al bachillerato.

De todos modos resulta, de lo expuesto, que dadas las facultades extraordinarias de que gozaba la Facultad de Artes, tenía ésta más intervención en el acto de conferir licenciatura que las otras Facultades, no existiendo tampoco igualdad de trato en Santa Genoveva que en Nuestra Señora, lo que produjo en cierto modo rivalidades que hubo de resolver primero la Universidad y después el Parlamento.

\* \* \*



Como se ve, la vida y prestigio de la Universidad de París estaba vinculada y dependía grandemente de la de sus Colegios y en especial del *muy próspero*, del *muy frecuentado*, del *muy renombrado* de Santa Bárbara, cuyos directores y rectores fueron siempre gente de mucho prestigio y ascendiente, no solamente académico, sino político y social, y así debía ser por cuanto de estos Colegios, y en especial de Santa Bárbara, eran reputados en el mundo académico como el caballo de Troya, con quien se le comparaba, ya que si éste encerraba entre sus costillares un ejército de héroes y valientes guerreros, Santa Bárbara abrigaba en su seno una falange de héroes de la palabra y de la discusión (1) que habían de iluminar el mundo con sus talentos y con su afición por el saber.

Ya hemos dicho que en el Colegio de Santa Bárbara, como en todos los demás, había una especie de jerarquía compuesta por los pensionistas que estaban bajo la autoridad directa del Colegio, que la ejercía por medio de sus profesores, por delegación paterna, y así se daba el caso que el Regente y el Maestro de escuela representaban más para aquéllos que las autoridades del Colegio. En éste, además de los porcionistas, estaban los *bolsistas* y *camaristas*, hijos de familias ricas estos últimos, que trabajaban bajo la dirección de un Pedagogo o profesor particular, vivían separadamente con más independencia y holgura que los demás colegiales y cerca de ellos la dirección del Colegio no tenía más facultad que la alta inspección. Por último, estaban los

llamados *martinets* o alumnos externos libres, que daban el mayor contingente a las clases y que a pesar de no tener recursos económicos propios, tenían más independencia que los camaristas. Pagaban una módica retribución al Colegio por la enseñanza que recibían, en el momento oportuno sufrían el examen de Bachiller o de Maestro en Artes; por último, estaban también considerados como Escolares una última clase que se llamaba *galochistas* o zapatones, llamados así por los zuecos o enormes zapatos con que se calzaban. Eran estos estudiantes casi perpetuos en las aulas, que se pasaban la vida frecuentándolas y que por su falta de medios económicos, algunos, y por sus cortos alcances, otros, envejecían en los bancos. El tipo no se ha perdido en nuestras Universidades, pues en todas las Facultades es legendario y se perpetúa el estudiante veterano. De este modelo todos conocemos algún ejemplar.

Finalmente, existían en los Colegios, cuya resultante era la Universidad, los domésticos, que a cambio de pescar unos adarves de latín o de Filosofía, se las entendían a maravilla con la escoba, los zorros y el plumero, dándose el caso frecuente que de estos que pudiéramos llamar *polvoristas* saliesen verdaderos talentos, porque nunca ha estado reñido lo bajo de los oficios con el calibre de los talentos.

Véase, pues, cómo no era fácil, con una población tan heterogénea y tan propensa a la indisciplina, al vocerío y al barullo, reveladora casi siempre de sana alegría inherente a la clase escolar, la tarea de gobernar y dirigir una población tan abigarrada. Por tanto, los Rectores se veían negros y se deseaban para gobernar y dirigir con acierto instituciones de tan compleja envergadura como los Colegios y la Universidad, eso sin

(1) J. Quicherat. «Histoire de Sainte Barbe». T. II, p. 11.

contar las dificultades provenientes del mismo profesorado, ya que éste, según decía un ilustrado compañero de la Universidad de Zaragoza, ha adolecido siempre de aquellos defectos que podían condensarse en las tres consabidas ppp.

La enseñanza era en estos Colegios y en la Universidad de París, dispensada especialmente en forma oral, bajo la vigilancia de los regentes, de bachilleres o de licenciados, mediante la que se preparaban éstos a su examen. Los jóvenes graduados debían, según la moda escolástica, denunciar su grado de aprovechamiento y de aplicación los unos a los otros, pero esto era difícil conseguirlo, ya que los condiscípulos entendían que no debían acusar a sus compañeros.

Ordinariamente eran muy pocos los que se anquilosaban en un Colegio, porque esto era propio tan sólo de espíritus mezquinos, únicamente se dormían en ellos los que llevados de un amor desmesurado por la juventud gustaban de ser siempre estudiantes. La mayor parte se proponía obtener la regencia de una clase para que mediante el estipendio que recibían poder atender a los gastos que les costaba su licenciatura en Medicina, Derecho o Teología. Antes de los treinta años dejaban la férula para sustituirla por los estudios superiores.

El modo como contrataban sus servicios era el siguiente: su misión duraba un año prorrogable; el Colegio les daba la alimentación y la estancia y sólo desde los tiempos de Francisco I empezaron a cobrar un modesto salario, pues hasta esta fecha percibían directamente de los alumnos, dos veces al año, sus gajes, celebrándose con este motivo dos grandes banquetes con los alumnos, banquetes en los que se

derrochaban, además de excelentes manjares y deliciosos vinos, gran caudal de buen humor y alegría, siendo amenizados esos banquetes con selecta música que arpas y flautas ejecutaban. Estas fiestas se celebraban en todos los Colegios y en la misma Universidad de París se llamaban los Grandes Lunes y desde el siglo xvi se los llamó Minervalia (1).

Esta intimidad de vida creaba lazos de amistad entre estudiantes y profesores, que venía a ser más estrecha entre los porcionistas por la comunidad de mesa y alojamiento, lo cual a veces era un inconveniente por las camarillas que fatalmente solían formarse, siendo frecuentísimo el caso de que al marcharse un profesor del Colegio arrastrase un buen número llevando a otro Colegio a los porcionistas y martinets que eran de su cuerda.

Para evitar estas fugas hechas con la complicidad de los profesores, el Director del Colegio tenía que andar ojo avizor y tener a la vez que una gran perspicacia, una mano dura.

Existían entonces, como han existido siempre, las novatadas que habían de sufrir los alumnos recién incorporados o *picos amarillos* como allí se les llamaba, llegando estas bromas o novatadas, a revestir caracteres de verdadero salvajismo y eso motivaba la necesaria intervención del Director o Rector y a la vez la necesidad de mantener dentro del Colegio y de la Universidad un saludable rigor, siendo las penas corporales recursos necesarios para conseguir la asiduidad y la obediencia. Ningún profesor subía a su

(1) Goujet. «Memoires historiques sur le Collège Royal». Part. II, p. 178.

cátedra sin empuñar la férula. Las faltas más graves eran castigadas con el látigo y algunas veces la penitencia era en el comedor públicamente, propinándose los azotes en las espaldas desnudas.

Existía en cierto modo el refrán «de que la letra con sangre entra» como en tiempos posteriores y era proverbial la máxima de que había que mortificar la carne para que así quedasen mejor grabadas las cosas en el espíritu y el corazón (1).

También en materia de limpieza era preciso que la disciplina se extremase por cuanto ni las aulas eran lo amplias e higiénicas que debían ser y las túnicas de que andaban vestidos los estudiantes más parecían hechas para esconder y cubrir la suciedad, que para hacerla desaparecer. En algunos Colegios donde la disciplina sobre este punto no era todo lo rígida que precisaba, y perdónesenos la crudeza de este dato histórico, según dice un autor (2), no era permitido en el refectorio llevar la mano a la cabeza por si ésta se hallaba poblada.

En cuanto al régimen de estudios, la campana sonaba a las cuatro de la mañana, daba el alerta a los alumnos y acto seguido un vigilante del Colegio recorría los dormitorios a fin de que no quedasen rezagados los perezosos y dormilones. A las cinco todos deberían estar en clase, a las seis se asistía a la misa, desayuno y nuevamente clase, hasta las diez en que había un pequeño recreo, antes de las once, hora de la comida.

Profesores y alumnos comían en el mismo departamento, aunque en distintas mesas, y si bien la comida no

(1) «De disciplina et institutione puerorum». París, 527. Statut de L'Université, 1542.

(2) J. L. Vives. «Refectio Scholastica».

era muy abundante, ya que no había más que un plato de carne y otro de legumbres, la sobremesa se dilataba bastante, y al tiempo de levantar los manteles, eran hechas las advertencias que el Director creía conveniente hacer a los alumnos para la buena marcha de la casa. Por la tarde, a fin de que el espíritu de los alumnos no se disipase, se preguntaban las lecciones, entrándose de nuevo en clase de tres a cinco. A las seis se servía la cena, a las siete se volvía a preguntar las lecciones y tras una breve oración en la capilla, se iban a acostar los alumnos, pues la *quedada* se tocaba a las nueve de la noche indefectiblemente, si bien los profesores y alumnos distinguidos podían tener luz hasta las once.

Como se ve, la vida estaba reglamentada en forma que los alumnos del Colegio pasaban poco tiempo de asueto, pues propiamente éste no tenía lugar del modo acostumbrado hoy, sino los jueves y los martes, que eran llevados los alumnos a paseo, ordinariamente a las orillas del Sena, siendo menos frecuentes las fiestas que en la actualidad. Propiamente las vacaciones no duraban más que el mes de septiembre, ya que en el verano lo único que cesaban eran los exámenes. El régimen de enseñanza era principalmente el de trabajos orales, bajo la dirección de los profesores, quienes ordinariamente leían un libro y después los alumnos que habían escuchado suscitaban cuestiones argumentándose sobre ellas. Como no todos los alumnos tenían el libro de texto en la Universidad de París, cuando el 1452 el Cardenal de Estouteville se procuró poner remedio a esto facilitándose a cada alumno tres hojas de papel por semana para sacar sus copias. El sistema empleado para la enseñanza era el de la disputa, argu-

mentando los alumnos de dos en dos; mientras uno sostenía los puntos de la lección explicada, otro le formulaba objeciones, consiguiéndose con ello no solamente proporcionar a los alumnos la necesaria agudeza, sino también hacer que obtuviesen la necesaria agilidad mental. Verdad es, que esto daba a veces lugar a episodios pintorescos y a que se plantearan cuestiones verdaderamente peregrinas y por demás pueriles.

Luis Vives, que fué profesor probablemente de Santa Bárbara, cuenta en sus Diálogos que él y su colega Gaspar, entrando en una de las clases de Santa Bárbara, y el profesor quiso hacer los honores a tan ilustres visitantes, y para ello, escogiendo el mejor alumno, le preguntó: «niño, ¿en qué mes murió Virgilio?, en el mes de septiembre; ¿en qué sitio?, en Brindes, contestó el alumno; pero ¿qué día de septiembre?, repuso el maestro; el día nueve, respondió el discípulo. Al llegar a este punto el maestro montó en cólera y dió al alumno media docena de palmetazos porque por lo visto Virgilio murió en diez de septiembre y el maestro no podía soportar con calma aquello que suponía un deshonor para él. Otra vez el mismo Luis Vives asistió a otra clase, y el profesor preguntaba muy ufano al alumno preferido con el fin de que éste se luciera: A ver, dime, Pedro, ¿cómo se levantó Alejandro del suelo cuando pisó por primera vez las tierras de Asia?, y el chico, sin vacilar, contestó muy orondo: pues, apoyándose en las manos y levantando la cabeza. No se crea que esto era exageración; podríamos citar, de referencia, como es natural, multitud de casos en que se hacían y aún se hacen en algunos centros de enseñanza preguntas tan pueriles y tan estériles como éstas, que recuerdan aquellas preguntas que el buen Sancho Panza dirigía a

los pícaros estudiantes con quienes se topó varias veces en sus aventuras y mediante las que quería el rústico poner a prueba el talento y el nivel intelectual de los escolares.

Claro está que poco a poco se fué modificando la práctica de esos ejercicios sustituyéndolos por composiciones sobre asuntos y cuestiones que eran dictadas por el profesor y que eran tratadas en verso o en prosa. Muchas veces el alumno tenía que improvisar las contestaciones. Del mérito de estas respuestas dependía la apreciación de los escolares y su clasificación. Ordinariamente los ejercicios terminaban el mes de julio con una gran ceremonia pública, en la que los estudiantes que más se distinguían recibían los plácemes de la concurrencia. Sin embargo, esta ceremonia tuvo más importancia todavía en Santa Bárbara y en otros Colegios desde los tiempos de Francisco I.

Con motivo de la fiesta de San Luis, en el mes de agosto, se celebraba una gran exposición en el patio de los Colegios y allí, sobre lienzos blancos y guirnaldas de laurel, se exponían por de pronto las muestras de escritura de los principiantes y los demás trabajos literarios dignos de exponerse a juicio de los profesores. Cada uno estaba cerca de sus trabajos escuchando los elogios o las críticas del público congregado. Mientras tanto en la gran sala de actos, bajo la presidencia de un prelado o de un dignatario que llevaba la representación de la Corte, lógicos y dialécticos discutían las proposiciones que previamente se habían anunciado por las esquinas de la ciudad. Después de que aquéllos habían terminado su trabajo entraban en funciones los retóricos y desarrollaban un asunto que les había dado el presidente la víspera, trabajo que debían

realizar en conjunto y sin auxilio de libros. Por turno cada cual leía su trabajo y un jurado nombrado entre personas extrañas al Colegio discutía y discernía en el acto el mérito de los concurrentes; el vencedor en cada Facultad recibía de manos del presidente el bonete de estudiante. Es preciso llegar a algunos años más tarde para encontrar la ceremonia de distribución solemne de premios en los Colegios, aceptada también por la Universidad.

No se crea que el Colegio de Santa Bárbara, como uno de los elementos nutricios de ésta, tuviera tan sólo discípulos franceses; los tuvo italianos, y principalmente españoles y portugueses, sobre todo bajo el reinado de Francisco I, que marca en realidad no solamente un período completamente distinto, por cuanto hace relación a la Universidad y sus Colegios, sino también porque representa en éstos y en aquélla un total cambio de procedimiento.

En esta tarea tomaron gran parte los estudiantes españoles que se distribuyeron entre los Coqueret y Montaigu y el de Santa Bárbara, teniendo aquéllos sobre éste, la ventaja de que en aquel entonces había un célebre profesor aragonés en Montaigu y un ilustre valenciano llamado Juan de Celaya en el Coqueret, Doctor que recibió el nombre de *resolutísimo* (por la imperturbable confianza que tenía su propio mérito), que permaneció siete años en el Colegio de Santa Bárbara y que continuó en todos los de la Universidad por algunos años más.

Tanto Santa Bárbara como la Universidad de París, encontraron en Portugal, un rico filón de profesores y de alumnos. Los reyes Juan II, Manuel y Juan III tuvieron por norma, al practicar sus conquistas, procurar

más los avances de la fe en aquellos apartados territorios, que lucrarse con el comercio y las riquezas de los mismos, y como para la obra de penetración y educadora que se proponían llevar a cabo, les faltasen en realidad operarios, la Corte envió a París, a estudiar a sus expensas, a una porción de jóvenes de la pequeña nobleza portuguesa.

En la Sorbonne, en 1516, fué encargado el portugués Santiago de Gouvea de una cátedra de teología, adquiriendo después la dirección del Colegio de Santa Bárbara, en donde, por los deseos de los monarcas lusitanos, hacían llegar hasta la Universidad de París y sus Colegios muchas de las pepitas de oro que venían de Indias. Este portugués ilustre, llevó tras de sí tres o cuatro parientes que se distinguieron en las letras, en la cátedra y que fueron manifestaciones rutilantes de la vida universitaria de París. Tras ellos vinieron Manuel de Teyve, gran matemático; Antonio Leytao, eximio físico; Antonio Pin, gran humanista; Juan Riveyro de Lisboa, dedicado a la metafísica; Simón Rodríguez y Sebastián Rodríguez de Acebedo, que había de entrar, andando el tiempo, en unión estrecha con nuestro biografiado.

También los españoles dieron su contribución a la Universidad de París y al Colegio de Santa Bárbara. En la nación de Francia vemos enrolados en 1526 españoles tan ilustres como Amador, Ignacio de Loyola y Francisco Javier, que fueron allí a perfeccionar sus estudios después de haber estado en Sangüesa el primero, en las Universidades de Salamanca y Alcalá Ignacio de Loyola, y haberse distinguido en algunos centros de enseñanza españoles el joven Amador, que había de brillar tanto en el saber e influir en las

posteriores determinaciones de Francisco Javier y de Ignacio de Loyola.

En este medio hizo sus primeras armas literarias, en calidad de camarista o porcionista, nuestro Francisco de Jassu en ocasión en que en este ambiente académico se estaba librando una gran batalla entre dos corrientes antagónicas: era una la supervivencia de las ideas de la Edad Media, y la otra la eclosión de las del Renacimiento, producidas por tres acontecimientos principales: el descubrimiento del Nuevo Mundo, el incremento que tomó la imprenta y la honda perturbación que llevó a cabo en las conciencias la reforma protestante.

El 1526 fué para la Universidad de París un notable acontecimiento al ser dotada de cincuenta bolsas para estudiantes de Portugal, pudiendo enorgullecerse París de haber obtenido una preferencia que la enaltecía ante los ojos de Europa, y si ello produjo alguna envidia en los centros culturales de otros países, no fué el rasgo de Juan III menos digno de aplauso, por el hecho de favorecer las ciencias y las letras en una nación amiga.

Pero esto produjo, como consecuencia, alguna pequeña disensión en los centros académicos parisinos. Los extranjeros que formaban en la nación de Francia, constituían una multitud numerosa y alborotada, ya que por ser muy batalladores tomaban con calor cualquier partido y lo defendían a ultranza. Véase una muestra. Pocos años antes de la época que reseñamos, las doctrinas de Lutero se habían introducido en las conciencias de los barbistas y algunos las profesaron con bastante calor, en su comienzo. Para el perfeccionamiento del estudio de la gramática se había empleado un resumen del *Organon* de Aristóteles, compuesto por un tal Pedro de España, y aunque contenía errores

luteranos, fué defendido con gran calor, tan sólo por patriotismo, por los barbistas españoles. A pesar de todo esto, se mantuvieron siempre frente a la herejía gracias al ascetismo comunicativo de alguno de sus profesores y alumnos y al rigorismo de Demochares y a la tolerancia, no exenta de severidad, de Gelida y de Andrés de Gouvea. Muchos se dejaban influir por las doctrinas protestantes porque Calvino, después de haber sido fervoroso católico, según él afirma, se convirtió en paladín de las nuevas ideas, y en su paso por el Colegio de Santa Bárbara o de la Marche, hizo bastantes prosélitos, entre otros Nicolás Kopus, Rector de la Universidad de París, lo que causó gran escándalo.

\* \* \*

Nuestro joven navarro, salido del ambiente religiosísimo de su casa y absorbidos su inteligencia y su corazón por estas ideas, había de encontrarse en París con esa lucha ardiente entre el antiguo y el nuevo espíritu de la época. El soplo del Renacimiento, como hemos dicho, se dejaba sentir en las Universidades, en las que también existían métodos nuevos que chocaban, como es natural, con las antiguas prácticas. La lengua griega, los textos clásicos completamente renovados, los libros de gramática en plena transformación, habían de ser otros tantos obstáculos con los cuales había de luchar el joven Francisco. La misma Facultad de Teología estaba contagiada de las nuevas ideas, y en la Filosofía se infiltraban poco a poco las peligrosas doctrinas: «Qui, graeceziban lutheranizebant» (1).

(1) P. Astrain. «La Compañía de Jesús en la Asistencia de España». T. I, p. 77.

También los Colegios estaban influidos por las distintas tendencias y novedades. El Colegio de Monteagudo mantenía firme el criterio antiguo. Santa Bárbara, un poco más modernizado, también sostenía las viejas doctrinas, aunque no con tanto calor, y en el Colegio de Beauvais estaban divididas las opiniones. Los alumnos, por tanto, estaban separados en dos bandos. Una buena parte de la juventud católica andaba siempre sobre aviso para denunciar los conatos de herejía, y los protestantes, menos numerosos, suplían con una estrecha unión la escasez de adeptos. Esta efervescencia de ánimos había de producir, como ocasionó muchas veces, momentos de gran violencia y hasta choques duros.

Francisco Javier tuvo que sufrir estos vaivenes y sentir en un principio esa influencia (1) de la que fueron bastante a preservarle la beneficiosa de Pedro Fabro y de Ignacio de Loyola. Francisco Javier tuvo, sin duda, por profesores en Santa Bárbara, al gramático Codier, al latinista Luis de Estrebay, al poeta escocés Buchanan, al aristotélico español Gelida y al eminente Fernel, que era a la vez matemático, astrónomo, filósofo y filólogo.

La primera necesidad que sintió Francisco de Jassu, fué la de fortalecer su instrucción, reforzar los conocimientos adquiridos en Javier, en Sangüesa y en Pamplona, repasando, como no podía por menos, la gramática, la retórica, el griego y la poesía, saliendo airoso del examen que sobre estas materias sufrió. No parece muy claro que fuera un latinista consumado, porque no son bastante a darle esta reputación las abundantes frases latinas diseminadas en sus cartas.

El primero de octubre de 1526 Francisco Javier

---

(1) José M.<sup>a</sup> Cros, S. J. Ob. cit. T. I, p. 111.

comenzó el estudio de Artes o sea de ciencias y filosofía, en el cual, para llegar a ser maestro de los mismos, habían de pasar cinco años, que unidos a los siete u ocho más, necesarios para llegar al doctorado en Facultad mayor, exigía diez o doce años, ya que en la Universidad, como verdadera corporación, había una especie de jerarquía con sus aprendices, sus obreros y sus maestros. Para serlo en Artes y poder, por tanto, ejercer esa profesión, era necesario obtener la oportuna licencia que permitía el desempeño de ese cargo, después de haber pasado por el tamiz del aprendizaje y demás puestos hasta el de maestro.

Francisco Javier hubo de comenzar por ser aprendiz, es decir, simple escolar, siguiendo los cursos en su Colegio, tomando notas, argumentando y discutiendo como los demás. En estas tareas preliminares pasó dos años y medio, y en 1529 sufrió el examen final en el Colegio de su nación. Como complemento de su bachillerato, habían de explicar los alumnos una lección pública de filosofía, teniendo que soportar y contestar las objeciones y argumentaciones de los demás. Si de esta prueba se salía felizmente, entonces se era bachiller formado y completo, o sea, maestro en Artes, pudiendo, por tanto, ejercer su oficio, no siendo incompatible con éste, que siguiera el alumno sus estudios en la Facultad de Filosofía y pudiese dar clases a los principiantes (1).

Francisco Javier había pasado por los primeros grados de la jerarquía universitaria, siquiera al contacto de la población estudiantil, no siempre de recomendable conducta, hubiera sufrido su alma fuertes

---

(1) Antoine Dechevrens. «Les Universités catholiques autre fois et aujourd'hin». París. Del homme, ps. 123, 124, notas.

sacudimientos, debidos principalmente a las costumbres bastante disolutas de sus compañeros y maestros, ya que unos y otros dejaban de practicar aquella austeridad debida, necesaria y propia de quien se dedica a las altas especulaciones del espíritu, pues muchos de ellos, lejos de observar una vida ejemplar, estaban corroidos por los vicios y eran víctimas de toda clase de lacras físicas y morales. Precisamente, si hemos de atender a las manifestaciones hechas por el mismo joven navarro, influyeron en su corazón para hacerle cambiar de vida e inclinarle definitivamente a la en que le inició Iñigo de Loyola, tanto la repugnancia que le causaba ver a muchos de sus condiscípulos, capitaneados por algunos profesores, entregarse a aquellos excesos, como el temor que le producía, si se entregaba a idénticos vicios que sus compañeros, verse corrompido por la misma lepra física y moral en que ellos se debatían (1).

Varias personas influyeron en estos momentos decisivos en la vida de Javier para que éste no se dejase llevar de la vida licenciosa de sus compañeros, entre ellas y en primer término, el doctor español Juan de Peña, profesor de Filosofía en aquella época y el saboyano Pedro Fabro, su condiscípulo en Santa Bárbara. Fué este antiguo Pastor de los Alpes, quien a pesar de su humilde origen, por sus excelentes condiciones de carácter, se atrajo, desde el primer momento, a profesores y alumnos, haciéndose, desde el comienzo de su estancia en Santa Bárbara, el inseparable de Francisco Javier. Gracias a la camaradería escolar, el humilde Pastor saboyano y el Infanzón de Navarra, trabaron

(1) A. Brou, S. J. Ob. cit. T. I. p. 29.

amistad estrecha e íntima, ya que el ascendiente sobrenatural e irresistible que Fabro ejercía sobre todo el mundo, era difícil que pudiera dejar de impresionar a Javier, y esta amistad tan estrecha hizo escribir en su memorial a Pedro Fabro, años más tarde, «que daba infinitas gracias a Dios por haberle dado un maestro como Juan Peña y unos compañeros como los que en Santa Bárbara había encontrado, especialmente su amado condiscípulo maestro Francisco Javier», amistad a la que correspondió este último con ternura y constancia sin iguales, ya que en el fondo de Asia, misionando a aquellos infieles, incluía en la letanía de los santos «la bien aventurada alma de Pedro Fabro» (1).

Condiscípulos rigurosos fueron en Santa Bárbara el saboyano Fabro y Francisco Javier. No sólo en los juegos y recreaciones del Colegio se les ve siempre unidos, sino que también en las pruebas de curso, en las argumentaciones públicas, en los exámenes, en las tesis, se les ve marchar de acuerdo y perfectamente unidos frente a los demás contendientes.

\* \* \*

Un acontecimiento extraordinario iba a modificar en lo sucesivo la vida de estos dos estudiantes; nos referimos a su coincidencia en el Colegio de Santa Bárbara con Ignacio de Loyola, caballero vasco que había defendido, como sabido es, en los muros de Pamplona, causa política contraria a la de los parientes de Francisco de Javier.

Vida errante y de peregrino, había llevado desde su conversión el caballero guipuzcoano; en Monserrat, en

(1) Mon. Xav. T. I, p. 436.



Roma, en Jerusalén, en las universidades de Salamanca y Alcalá le conocían y hasta le temían por sus extremos piadosos. En febrero de 1525, deseoso de encontrar en París más ancho campo para la conquista de las almas que hasta entonces había logrado por tierra Santa y por España, fué a Francia mendigando y en 1528 entraba como externo en el Colegio de Monteagudo. Más de una vez, como antiguamente con sus hermanos en los campos de batalla, se encontraron frente a frente Javier e Ignacio y seguramente la poca afición que aquél sentía por éste, al verle cojo, pobre y mendigando el pan de puerta en puerta, además de las razones políticas dichas, motivaron la aversión inicial que el caballero de Javier sintió por el hidalgo de Loyola, pero a pesar de todo los buenos sentimientos de Javier triunfaron de la natural repugnancia que abrigaba hacia Ignacio. No era extraña a esta antipatía de Javier a Ignacio la colonia española de Santa Bárbara, porque las dotes de insinuación y persuasión del último se hacían sospechosas a la población escolar y no faltó quien le acusase de herejía. Esta malevolencia de que gozó Ignacio en los primeros tiempos que estuvo en Santa Bárbara, fué debida a las razones dichas y a la vez, a que según el testimonio de Luis González (1) ocurrió el siguiente suceso que impresionó grandemente a todos los *barbistas* y que aumentó la malquerencia de éstos contra el señor de Loyola. Había entre los estudiantes del Colegio, uno llamado Amador que de pronto, sin que se supiera por qué, cambió bruscamente de vida y se entregó súbitamente a excesos de devoción y de ascetismo incomprensibles. A la vez se

(1) «Acta antiquissima S. Ignatii Loyolae». Edition des Bollandistes. T. VII, p. 634.

entregó el citado Amador a la práctica de obras de caridad con fervor inusitado. Se fué desprendiendo primero de sus trajes, después de sus libros y por último entregó a los pobres todo el dinero que tenía, desapareciendo del Colegio en compañía de dos estudiantes *martinets* de su país. Cuando se supo la escapatoria y se averiguó que habían ido los fugitivos al Hospital de San Dionisio, unos centenares de estudiantes se presentaron en aquel establecimiento en forma tumultuosa a reclamar a sus compañeros y como no se les diera inmediata explicación de la presencia de los refugiados, los estudiantes se amotinan, rompen las puertas y violentamente se apoderan de los tres reclusos, los vuelven a Santa Bárbara y allí les hacen jurar que renunciarán al género de vida que proyectaban y declararán quiénes eran los inductores que a la misma les habían inclinado.

Se supo que el autor de aquella transformación en sus discípulos había sido un hombre maduro ya, que recientemente se había incorporado a la Universidad. Se decía que su influencia era altamente perniciosa en la masa estudiantil y que ya había producido idénticos o parecidos trastornos en las Universidades de Salamanca y Alcalá, debiendo ser castigado por su atrevimiento.

Este hecho aumentó la animadversión que ya sentían por Ignacio los escolares y que todos ellos le hicieran objeto de desprecio y de él huyeran como de un apestado, denunciándole a la Inquisición. Sin embargo, interrogado por ésta, fué absuelto como lo había sido en las Universidades dichas, ya que no encontraron causa bastante en sus predicaciones y en los supuestos manejos que se le atribuían para considerarle reo de herejía.

En el Colegio de Santa Bárbara fué interrogado extensamente por el profesor Juan Peña, quien le admitió nuevamente bajo palabra formal de que no reincidiría en sus tentativas de coaccionar a sus compañeros, pero como insistiese, fué castigado, a pesar de sus cuarenta años, como si tuviese diez y seis, a sufrir una azotaina en público, que era el castigo más infamante que podía darse a los escolares, castigo que recibía el nombre de la *salle*; Ignacio de Loyola estuvo dispuesto a soportar paciente y humildemente la penitencia, pero cuando iba a salir de la clase para comparecer en el comedor y sufrir la pena impuesta, apareció Santiago de Gouvea, Director del Colegio, llevando de la mano al odiado español y en vez de castigarle, le sentó a su mesa, y una vez terminada la comida pronunció una alocución diciendo que en la conducta de Ignacio de Loyola, después de la conversación larga que con él había tenido, no había nada censurable, sino todo lo contrario y que habiendo empeñado su palabra de honor de que no reincidiría en los hechos por que había sido denunciado, se le levantaba por entonces el castigo.

\* \* \*

Ignacio de Loyola, por las causas dichas, no tenía grandes simpatías, sin embargo «trabó estrecha amistad con el saboyano Pedro Fabro y con otro joven llamado Francisco Javier Azpilcueta; hijo de un gentilhomme navarro, de una cultura ordinaria, y aunque de una fastuosa manera de ser, sin embargo, tenía una alma noble y heroica» (1). La razón de esta amistad íntima fué el

(1) Rivadeneira ch. VII, n.º 117.

hecho de alojarse en el mismo cuarto los tres individuos, los dos españoles y el saboyano, y mientras este último, que sabía perfectamente el griego, ganado por el atractivo invencible de Ignacio de Loyola se convirtió cerca de él en un repetidor inteligente y asiduo, Francisco Xavier no gustaba tanto de la amistad de su compatriota, por cuanto no veía con buenos ojos las predicaciones de Ignacio, que contrastaban mucho con sus sentimientos y costumbres mundanas.

Creía que las prácticas de éste eran más adecuadas para despoblar las aulas universitarias y llenar monasterios de cartujos y franciscanos, que propias de un estudiante, pero poco a poco fué perdiendo la aversión que por Ignacio sentía, porque si bien pudo notar lo que él llamaba exceso de virtud y celo, sin embargo, apreció la solicitud continua y el desinterés que empleaba en favor de todos sus compañeros.

Al llegar Ignacio a Monteagudo traía algún dinero, que depositó en manos de un compatriota, quien bonitamente se lo gastó, dejando a Ignacio sin blanca. Algún tiempo más tarde, sabiendo que este depositario desleal estaba enfermo en Rouen, fué allí ex profeso a llevarle dinero y consolarle. Otra vez se ausentó también del Colegio de Santa Bárbara sin decir nada a nadie, y cuando todos creían sospechosa esta nueva escapatoria, se supo con admiración, que había ido a un hospital de apestados a cuidar a muchos de éstos y a cumplir el deber que se había impuesto de tocar un pestilente. Por último, era práctica en Santa Bárbara realizar una ceremonia con ocasión de alcanzar el grado de bachiller, la de tirar una piedra en sitio determinado, si bien el tomar la piedra para tirarla después, costaba un escudo de oro, y esta broma o ceremonia, propia de estudiantes

adolescentes, resultaba un poco molesta, por las burlas y chacotas a que se prestaba, para un estudiante ya entrado en años como Ignacio de Loyola. Sin embargo, gustoso se prestó a la ceremonia, plegándose a los usos de la escuela.

\* \* \*

El 15 de marzo de 1530 Pedro Fabro y Francisco Xavier terminaron sus estudios filosóficos y obtuvieron su correspondiente licenciatura, como anteriormente habían terminado su bachillerato o maestría en Artes.

Los dos candidatos, en público certamen y ante jurado compuesto de cuatro individuos de cada *Nación*, debieron sostener su tesis, y una vez admitidos después de Pascua, les fué entregado solemnemente, por el Canciller, el diploma en Santa Genoveva, diploma que les facultaba para enseñar las Artes allí y en toda la redondez de la tierra.

Sólo les faltaba recibir el bonete de maestro, llegar a ser *Birettari* para formar parte de la corporación universitaria. El futuro maestro, como prueba de su aptitud para la enseñanza, debía presentar un alumno formado por él que resultase hechura suya y que por tanto estuviese culturalmente hecho a imagen y semejanza del maestro que le había tomado a su cargo, con lo cual no se hacía más que cumplir una máxima pedagógica que había de llenar más tarde Xavier, en el desenvolvimiento de su misión universitaria, por ser estos los sentimientos de que rebosaba su alma (1).

(1) ¿Comprendéis, hijos, la gloria  
para un maestro, de hallar  
discípulo que pregunta,  
alma que a su encuentro va?  
Es como hallar una estrella  
y un eco en la soledad.

(José M.<sup>a</sup> Pemán. «El Divino Impaciente». Acto 2.<sup>o</sup>).

Veamos, pues, cómo no bastaban para labrarse un porvenir académico, los esfuerzos hechos hasta este momento por Francisco Xavier y Pedro Fabro. Se hacía preciso continuar para ello la ruta emprendida, ya que no estaban más que a mitad de la jornada. Tras la Filosofía era necesario acercarse a la reina de las ciencias, la Teología, y después de ello, paso a paso y poco a poco, llegar hasta el supremo galardón que era el doctorado.

Pero entonces como ahora era una gran verdad que lo primero es vivir y necesario buscar no sólo lauros académicos, sino medios de atender a la vida cotidiana. Para ello era necesario explotar la licencia de maestro en Artes, poniéndose a servir de tal en algún Colegio y así lo hizo Francisco Xavier, que continuó estudiando aunque entró en Dormans-Beauvais, como tal profesor de Filosofía.

Allí desempeñó su misión con todo lucimiento y dió prueba de sus eminentes dotes, resolviendo en sus explicaciones los problemas más arduos sobre la existencia de Dios, esencia del alma humana, dogma de la Revelación y los demás que constituían la base de la cultura medioeval que era la que había instruido el alma de Xavier. Desde luego que éste utilizó los viejos métodos escolásticos que aconsejaban examinar las cuestiones en todos sus aspectos, y analizarlos con el más fino escalpelo, con el fin de dejar al descubierto lo sofisticado.

De sus métodos de enseñanza indiscutiblemente guardaba resabios en sus predicaciones misionales, hasta el extremo de que en Levante, al hablar de problemas de religión y al ser preguntado por los indios acerca de fenómenos naturales como la tierra, la lluvia,



el rayo y los cometas, se expresa y enseña esos fenómenos con la misma naturalidad y por los procedimientos aristotélicos, tan en boga en las aulas en que fué primero alumno y después relevante profesor, y vemos cómo se vale de esos procedimientos para su apostolado, cuando los bonzos tratan de confundirle en sus predicaciones con los especiosos sofismas de sus doctrinas. Si de joven en Navarra y en Francia luchó contra los enemigos de su patria, supo como alumno y como profesor esgrimir los argumentos de su sólida instrucción y de su acendrada cultura.

\* \* \*

Regentando su cátedra en Beauvais encontramos a Francisco Xavier lleno de ilusiones y afanoso de brillar y ascender en la carrera académica, alucinado por juveniles ensueños de gloria y dignidades humanas, como hace notar muy bien el Padre Abbad (1), pero entonces como ahora las dificultades de la vida y las luchas por la misma, ataban los vuelos de la ilusa juventud. Ya hemos dicho más arriba que los emolumentos que recibían los profesores directamente de los alumnos, eran cosa menguada con la que escasamente podían atender a las necesidades más elementales. Francisco Xavier, que procedía de noble origen y hombre de solar conocido, algo fastuoso en su vida, por tanto sus ingresos se avenían mal con sus disculpables ambiciones de muchacho. Algunos españoles, conocedores de esta situación, se dedicaban a ensalzar sus méritos para labrarle fama y renombre y a la vez para proporcionarle

(1) Camilo M.<sup>a</sup> Abbad, S. J. «San Francisco Javier». Madrid, 1922.

una segura clientela que le diera medios de decorosa subsistencia.

Su familia, por otro lado, a la que en más de una vez acudió para que le ayudase, estaba materialmente imposibilitada de hacerlo económicamente, por cuanto sus asuntos no andaban bien, y su madre en sus últimos tiempos y sus hermanos después, hartos hacían con defender el decoro de su familia con los pobres y contados recursos de que disponían para ello.

Entre los que velaban solícitamente por remediar la situación económica de Francisco y además por labrarle una sólida reputación, se distinguió principalmente Ignacio de Loyola, quien se preocupó de buscarle clientela de solidez económica, reclutándole el mayor número de alumnos posible, que personalmente presentaba a Francisco Xavier, y ponderando por todas partes los talentos extraordinarios de éste.

Esta solicitud y celo de Ignacio, fueron venciendo las repugnancias que Xavier sentía hacia él, e hizo fundir poco a poco el hielo que la malquerencia interpuso entre aquellos corazones.

Xavier continuaba sus sueños de gloria; siguió explicando en Beauvais más atento a sus juveniles quimeras que a las llamadas de la realidad, y fiel a sus tradiciones de familia, ambicionaba la gloria mundana, aunque sin desoir del todo las exhortaciones que Ignacio de Loyola, más sesudo y experimentado, le hacía frecuentemente.

Persistió Xavier en sus tareas académicas, aun en medio de las tribulaciones y escaseces que entonces como ahora, lleva aneja la tarea docente, pero más asequible a las predicaciones de Ignacio iba abriéndose en su alma un surco que había de conducirle, andando el tiempo, a la generosa vida de apostolado que más

tarde abrazó. Le vemos seguir en su Colegio de Beauvais sus tareas docentes y esforzarse por adquirir nuevos títulos académicos, hasta que obtuvo en 1536 el de licenciado, según es de comprobar en los libros de Graduandos de la Universidad de París, donde hay un asiento, según testimonio del P. Escalada, que dice sobre poco más o menos lo siguiente:

«Franciscus de Xabier aut Xavier Cantaber, Magister in Artibus». La Sorbonne, 1536.

\* \* \*

Estaba Xavier en plena actividad docente, consagrado su espíritu y corazón a esta labor, sedienta su alma de honores mundanos, ávido su corazón de brillantes dignidades y atenazado, como todo joven profesor, y más en aquellos tiempos, por los peligros que suelen de preferencia cercar al docente, la impiedad por una parte, la petulancia y la ambición por otra, además de los riesgos por que atraviesan los escolares al pasar por el horno de la juventud.

París seguía entonces en gran efervescencia doctrinal como hemos visto; la Corte y la Universidad estaban llenas de innovadores; la Facultad de Artes se revolvía contra la de Teología acusándole de afanes de reforma. Ya hemos dicho que Calvino trabajaba en la sombra en el Colegio de Fortet, y que Nicolás Kop, minaba en silencio las sólidas tradiciones ortodoxas de Santa Bárbara. Se afirma por algunos autores (1) que el mismo Xavier estaba en relaciones con los luteranos deseosos de ganar tan gran inteligencia para su causa y

---

(1) Henri Venn. «Missionary life and labours of Francis Xavier». Londres, 1862.

que gracias, según él mismo confiesa (1), a la oportunísima intervención de Ignacio de Loyola y de Pedro Fabro, no siguió esas doctrinas.

Por otra parte, Xavier, que había ya recibido la noticia de la muerte de su madre y de la lógica dispersión de su familia porque sus hermanos se habían ya casado, se sentía cada día más solo, y por tanto, más sensible a la decisiva influencia que sus amigos ejercían sobre él.

Ignacio continuamente arreciaba en el cerco que había puesto a alma tan generosa, y esto por una parte, y por otra la noticia que dieron a Xavier de que su hermana Magdalena, abadesa en un convento de Gandía, había muerto, hicieron tanta mella en su alma, que determinaron por lo visto el rasgo supremo de su renunciamiento al mundo y a sus vanidades y glorias.

No se crea que fué tarea fácil la que se propuso el señor de Loyola cerca del hidalgo de Xavier; a pesar de estar acostumbrado aquél a hacer frecuentemente la anatomía viva de las almas, noblemente confiesa que «la pasta de la de Xavier era de lo más difícil de manejar que había encontrado hasta entonces».

Aun en medio de la abnegación y renunciamiento que supuso para el joven navarro, desprenderse de los bien ganados honores y títulos académicos, aun en medio del desgarramiento doloroso y de la tristeza que para él significaron las penosas noticias de su familia, no renunció Francisco Xavier a lo que estimaba como prenda inmarcesible de su estirpe. Nos referimos a su ejecutoria de nobleza o infanzonía de Navarra. Él, que todo lo dejó, no pareció estar dispuesto a prescindir de

---

(1) Mon. Xav., p. 204.

esta condición social y vemos cómo en 13 de febrero de 1535 hace que con ese deseo comparezca ante el notario de su nación Íñigo Ladrón de Cegama, y solicitase una información «ad perpetuam» de que él, sus padres, abuelos y demás ascendientes eran de noble familia, hijosdalgo y personas de solar conocido en el Reino de Navarra. Esta declaración solicitada fué obtenida algún tiempo más tarde en 1536, en que los Alcaldes de la Corte mayor de Pamplona así lo declaran.

Extraña parece esta mundana pretensión en quien iba a prescindir de todo y quizá pueda achacarse a pueril y reprochable vanidad andar a vueltas con pergaminos en tan críticos momentos en que su espíritu trocaba los ideales académicos por otros más excelsos, y fué sin duda porque Francisco Xavier, criado en un ambiente señorial, sabía y estimaba que la verdadera nobleza estriba en ajustar los sentimientos y conducta de cada uno a la inmaculada reputación de sus mayores, al nombre digno que éstos legaron. Quiso, al romper con el mundo y dedicarse a menesteres más excelentes todavía, tener un testimonio constante que en todo momento, si hubiera uno de titubeo en su conducta, le recordara la historia viva de toda una familia, los ejemplos de piedad, dignidad y valor que sus antepasados representaban y que le hicieran presente, por si en un momento de pasajera ofuscación podía olvidarlo, que los nobles pueden y deben ufanarse de serlo, cuando su conducta es limpia, ejemplar y sin falacia, cuando la lealtad es norma constante de su actuación, cuando la generosidad, el espíritu de justicia y la solicitud por los desvalidos constituye en todo momento el lema de sus blasones y cuando se ajusta la vida de los que ostentan nobleza a las normas eternas

de justicia, y sobre todo cuando frente a la eternidad saben tener presente aquella máxima contenida en el escudo de Pedro Vázquez de Acuña, Virrey del Perú, de que «Velarse debe la vida de tal suerte, que viva quede en la muerte».

A esta clase de nobles pertenecía por nacimiento y por regla de vida Francisco Xavier. Al enfrentarse con el nuevo camino que iba a emprender, no fué vanidad pueril el deseo de obtener su ejecutoria, fué el afán de recordarse a sí mismo que por cuna era noble y que estaba en la obligación de serlo continuamente, sacrificándolo todo en obsequio de sus hermanos ignorantes y desvalidos.

Aún permanece algún tiempo más Francisco Xavier en el Colegio de Beauvais dando su cátedra y aunque ya estaba decidido a dejarla, sin embargo el mismo Ignacio de Loyola le instó para que la conservase y en ella continuó explicando en público durante tres años y medio la filosofía de Aristóteles, con tanto ardor, que inflamaba a todo el mundo. Decidida ya su suerte y ligado con estrechos lazos a Ignacio de Loyola, hace éste, con sus amigos y discípulos, el conocido voto de Monmartre para seguir la ruta que su vocación le trazara.

Aquí termina el universitario y comienza el Apóstol, cuyos trabajos como tal no son ahora de nuestra incumbencia, y, como decíamos al comienzo, dejamos la tarea de comentarlos para otra ocasión.

\* \* \*

Hemos dicho al principio de este trabajo que la presente solemnidad tenía algo de fiesta de la gran familia universitaria, ya que los nuevos alumnos se

incorporan a la que va a ser su madre tutelar, durante algunos años, y, como ocurre en familia, es necesario y trámite corriente, recontarse los individuos que a ella asisten, para lamentar la ausencia de unos y felicitarse de la presencia de otros.

En esta enumeración hemos de lamentar la pérdida del que fué Rector de esta Casa, don Hilario Andrés Torre-Ruiz, culto profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad, siquiera esta pérdida no ha sido por fortuna total, ya que su voluntario alejamiento del rectorado, no implica que hayamos de vernos privados de su valiosa cooperación. El recuerdo que de él hacemos en estos instantes es de justicia y yo me complace en expresarle mi afectuosa amistad y estimación.

Falta también, y por modo desgraciadamente irreparable, el que fué dignísimo catedrático de las Facultades de Derecho y Filosofía, don César Mantilla Ortiz, profesor competentísimo y eficaz, de cultura vastísima, de erudición muy notable, excelente compañero, malogrado profesor y hombre llano y bueno, si los hay. A su memoria dediquemos los cristianos una oración, los que no lo sean, un minuto de silencio, y todos tengamos muchos ratos de respetuosa preocupación, considerando lo que con la desaparición del doctor Mantilla perdió la Universidad de Valladolid y la cultura patria.

También la muerte nos ha privado del concurso de otro valioso compañero, don Mariano de Monserrate Abad. Hombre entendido, laborioso y catedrático modelo, fué cumplidor de su deber hasta su jubilación, y después la nostalgia de la función docente fué minando su existencia y agotando su vida, que se apagó como una luz que pierde el contacto con la mecha que animó sus resplandores.

Por motivos distintos de la entristecedora muerte hemos perdido el concurso de ilustrados profesores de la Facultad de Derecho, como el de don Emilio Gómez Orbaneja, que elevado por sus méritos a desempeñar funciones técnicas en un alto tribunal, nos ha dejado, siquiera abriguemos la confianza de que su alejamiento de las tareas docentes sea puramente transitorio. También nos vemos privados del concurso del culto profesor don Adolfo Miaja de la Muela, quien en reñidas oposiciones ganó la Cátedra de Derecho Internacional de la Universidad de La Laguna; deseamos que le sea allí su estancia muy grata, abrigando la confianza de que pronto le volveremos a ver por aquí.

En cambio de estas sensibles pérdidas tiene la Universidad vallisoletana la satisfacción de que haya sido propuesto por los Poderes Públicos, para el desempeño del rectorado, hombre por tantos conceptos eminente como es don Isidoro de la Villa, de quien pudiera decir cosas muy justas y muy gratas si no me detuvieran dos poderosas razones: una, el temor de herir su proverbial modestia, y otra, la de evitar que pudiera decirse que en mis elogios había mucho de la táctica, tan en boga hoy, de acercarse al sol que más calienta.

Otra valiosa adquisición ha hecho la Universidad de Valladolid con la llegada a la misma de don Tomás Gómez Piñán, hombre de cultura muy vasta, dotado de esclarecida inteligencia y competentísimo no sólo en la asignatura de que es titular, sino en Derecho Canónico y en otras disciplinas; profesor joven, elocuente y batallador y por eso discutido. Cuando la Universidad haya podido apreciar lo mucho que vale sabrá cuán inagotable es la cultura de mi ya antiguo y querido

compañero, que entre sus grandes dotes tiene las de ser hombre de gran corazón y de arrolladora simpatía.

En buena lid ganó, en el curso último, la auxiliaría de Derecho Internacional y Político el joven profesor don Eduardo Pérez Grifo; pronto viene a la Universidad y su valer y su constancia denotan que hay en él madera de catedrático.

De propósito hemos querido dejar para este momento el hablar de otro catedrático de Derecho venido a este Centro, don Blas Ramos Sobrino. Todos le conocéis; formado en esta Casa y con vínculos muy estrechos en toda la región, a todos constan sus indiscutibles merecimientos. Pretender enumerarlos sería tarea pueril. Reciba igualmente mi más cordial saludo.

\* \* \*

Habéis visto, ilustrados oyentes, cómo hemos tratado aquí de un estudiante, que fué joven como vosotros y que dedicó también sus esfuerzos, durante la mocedad, primero, y durante la edad madura, después, a la labor intelectual; que cosechó sinsabores, zozobras, amarguras, contradicciones, penosos aislamientos y estrecheces económicas toda su vida; que a pesar de las luchas que tuvo que sostener en todo momento con los demás y hasta consigo mismo, fué perseverante en sus propósitos y en sus nobles ambiciones, que se inclinó a la carrera de las letras desechando tentaciones, sugerencias y halagos y que en el camino emprendido llegó hasta el puesto más alto a pesar de las dificultades con que hubo de tropezar.

Su tenacidad de navarro, venciendo todos los obstáculos, le condujo hasta la cumbre del saber, sin que su mente se obscureciera por el error, ni le desvaneciesen

las preeminencias logradas. Si fué noble por su origen, lo fué por su conducta ejemplar e inmaculada, por su fervoroso amor al estudio, por sus ambiciones legítimas y naturales en todo aquel que ha recibido una sana inteligencia y un limpio corazón. Navarro y español ante todo, se ve en todas sus obras el afán de ilustrarse, de cultivar su inteligencia, de enaltecer su estirpe y su patria por los verdaderos y seguros medios por que esto puede conseguirse. Hay en Francisco Xavier, además de los expuestos, rasgos verdaderamente característicos; su delicadeza de sentimientos, el espíritu de abnegación y sacrificio que puede apreciarse en todas sus obras, y sobre todo el desbordamiento de su corazón inagotable en favor de propios y extraños, de amigos y de enemigos, de familiares y compatriotas, de desamparados e ignorantes, de pobres y perseguidos; para todos tenía un repliegue su amoroso corazón; para todos menos para... los petulantes, altaneros y soberbios.

Por último, hay un hecho que queremos hacer resaltar en Francisco Xavier, aun sin meternos en sus andanzas misionales, que es donde más eficacia tuvo ese rasgo. Nos referimos al exaltado patriotismo de Francisco Xavier. De adolescente en su castillo, ya que no podía hacer otra cosa durante las discordias intestinas de Navarra, disipó con sus caricias y sus atraentes sonrisas las nubes de tristeza que más de una vez pasaron ante los ojos de la respetable D.<sup>a</sup> María de Azpilcueta. Estudiante, lo vemos en Pamplona, en Sangüesa y en París, aficionado a formar su espíritu en las tradiciones de familia y de la patria. Vemos que al salir de las Prisiones de Pavía Enrique D'Albret, su compañero de la infancia, emocionado le abraza; vemos que durante sus estudios y su profesorado hace constar



su condición de nacido en España. Sólo el trato de compatriotas frecuente, pide el testimonio de su ejecutoria de hidalgo e infanzón español y no olvida ni por un instante en París, en Venecia, en Portugal ni en las Indias, que lo es ante todo y sobre todo, calidad que recientemente recaba para él el Marqués de Santa Cruz en carta dirigida al Director del Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra, que quería negarle a Francisco Xavier, en aras de un furioso e inexplicable separatismo, su indudable condición de navarro y de español (1). Inexplicable ceguera que no podemos menos de condenar.

Francisco Xavier, por sus dotes de inteligencia, por la práctica constante del estudio, por la caballerosidad, de la que hizo un culto, fué un patriota militante y práctico en todos los momentos de su vida. Había nacido por añadidura en aquel siglo en que tantos hijos ilustres de España enaltecieron el nombre de ésta con las armas y las letras; había tenido cerca de sí un modelo de patriotismo que imitar como el del doctor Navarro, quien le inculcó de niño que la Patria es la que nos engendra, nos nutre y nos educa según San Agustín; que el amor a la misma es más fuerte aún que el de los padres; que para la gloria e inmortalidad de la Patria deben vivir los hombres y que sólo haciéndola justa y buena, es como se la hace inmortal.

Sabía Francisco Xavier, trasunto de aquellos hombres y de aquellos valores de Alcalá y Salamanca, que sólo trabajando, que sólo en la forja de la inteligencia y de la voluntad, que sólo mortificando lo que hay en nos-

---

(1) Carta abierta de 8 de agosto de 1934, dirigida al citado Boletín, por el Marqués de Santa Cruz.

otros de menos noble, se llega a ser un valor positivo, insignificante si se quiere considerándonos aisladamente, pero grande en cuanto a la aportación que nuestro concurso pueda prestar al conjunto. Sabía también Xavier que de la formación de la juventud y de la modelación del espíritu de los escolares habían de nacer los hombres eminentes de un país, y por eso, al formarse él en las ciencias, al desarrollar sus talentos en la cátedra, como después en sus expansiones misioneras, sabía que trabajaba por sí, pero también por el engrandecimiento de su patria primero y de la Humanidad toda después. Ahora permitidme que en alas de la fantasía, mudando de lugares y de tiempos, os conduzca a la playa portuguesa de Belén.

Fecha: el 7 de abril de 1541. La galera «Santiago» enarbola el pendón real y va a surcar los mares con rumbo a las Indias. Es jefe de la expedición D. Alfonso de Sousa, que va a aquellas apartadas regiones en calidad de virrey de Juan II. Junto a él y en el puente de la nave está Francisco Xavier. Va a cumplir su excelsa y abnegada tarea misional en lejanos países. Un gentío inmenso, a quien momentos antes se había dirigido, le despide más con sollozos que con palabras, mientras se acerca el momento de zarpar. Por fin se acerca el triste instante de la cruel separación; las mujeres lloran y los hombres suspiran viendo alejarse a aquel hombre culto, instruido, abnegado, caballeroso, fundamentalmente santo. Francisco Xavier, velados indudablemente sus ojos por lágrimas de gratitud y de ternura, a la vez que se despedía de los amigos y tierras de la Península, que no volvería seguramente a ver, bendecía con cariño a la multitud y marchaba en busca de la trabajosa vida que para

alumbrar inteligencias y llenar los corazones iba a emprender, y cuyo término era para nuestro biografiado la Inmortalidad, de donde con fervor y entusiasmos, quizás irrespetuosos, lo he sacado yo para pretender deleitaros por unos instantes con los destellos de su inteligencia y con las mieles purísimas de su corazón.

La despedida de Francisco Xavier fué inmortalizada en un hermoso lienzo titulado el «Adiós de Francisco Xavier a Lisboa», al que se honra en dar digno hospedaje, ya que de un universitario se trata, la Academia de Ciencias de la Nación vecina.

Que el modestísimo cuadro que mi pobre inteligencia y mi torpe pluma han querido dibujaros sobre Francisco Xavier en este trabajo, merezca en vuestros espíritus, en obsequio al biografiado, tan benévola y honrosa acogida como a la docta Corporación lusitana.

HE DICHO.

## APÉNDICES

## APENDICE I

### **Manifiesto explicando las causas por qué el Rey Católico tomó el título de Rey de Navarra.**

A todos es notorio que despues de Dios Nuestro Señor, el Catolico Rey hizo Reyes de Navarra al Rey y a la Reina que eran de Navarra, y les puso en el reino teniendo la mayor parte dél contrario, porque pretendian que aquel reino y señorios pertenecian a Mosen de Fox, padre del que murio en la battalla de Ravena y no a ellos, y el Rey de Francia favorecia al dicho Mosen de Fox y trabajaba su potencia de ponerle en posesion de aquel reino y señorios: y entonces el dicho Rey de Francia envio al Catolico Rey diversas embajadas con grandes ofrecimientos de cosas que por su Alteza queria facer, porque diese lugar a ello, lo cual no tan solamente quiso facer su Alteza, mas con su favor y gente quiso obedecer y coronar en el dicho reino a los dichos rey y reina, y declaro S. M. publicamente que habia de poner su Real persona y Estado por la defension de ellos. Y despues estando el Rey en amistad y seyendo como es casado su Alteza con la Catolica reina viviendo Mosen de Fox su hermano, el dicho Rey de Francia procuro con su Alteza muy incadamente a que diese lugar a que con su ayuda el dicho Mosen de Fox tomase la posesion de dicho reino y señorios, diciendo, que todos los letrados del reino habian visto los titulos de su derecho y que de justicia claramente le pertenecia el dicho reino y señorios, y que su Alteza debia dar lugar a ello, ansi por no le impedir su justicia, como porque siendo hermano de la dicha Catolica Reina estaria siempre junto con su Alteza, y en caso que el falleciese sin

hijos, la dicha Católica Reina era su heredera y sucedería en su Estado; diciendo que en facer su estado su Alteza por el, facia por sí: y no embargante todo esto, su Alteza por el amor que tenía a los dichos rey y reina que eran de Navarra, no solamente no le quiso consentir, mas nunca dio lugar a que su derecho se pudiese en disputa, antes siempre estuvo determinado de poner su Real persona y Estado para defenderlos en el suyo contra todo el mundo, sin exceptar hermano ni otra persona alguna. Y es notorio en España y en Francia que sino porque el Rey de Francia vio determinado a su Alteza a defender las personas y Estado de los dichos rey y reina, mas todas las otras cosas que fueron necesarias para que tuviese, como tenían, en paz y obediencia al dicho reino de Navarra, que habia grandes tiempos que siempre estaba en guerra, en pago de todo esto cuando vieron los dichos rey y reina que el dicho rey de Francia se puso publicamente en ofender a la Iglesia en lo espiritual y temporal, dividiendo con cima la unidad de ella y vieron que Su Alteza se declaro en favor y defension de la Iglesia, luego comenzaron a tener estrechas pláticas o inteligencias con el dicho Rey de Francia, y a hablar asaz cosas en favor de lo que facia y en disfavor de la causa de las Iglesias y de la persona de Nuestro muy Santo Padre, ni mas ni menos que se fablaba en la corte del rey de Francia; y aunque aquello parecia muy mal a Su Alteza y lo reprendia, creia que e Rey que era de Navarra por ser natural frances fablaba aquellas cosas para favorecer el partido de los franceses, y no por impedir lo que se facia en favor de la Iglesia.

Y luego que Mosen de Fox fue muerto, viendo el Rey de Francia la union que se facia en toda la cristiandad con nuestro muy Santo Padre y con la Iglesia Romana, sabiendo que el Católico Rey y el serenísimo Rey de Inglaterra estaban determinados a enviar a Guiaina sus ejercitos en favor y ayuda de la causa de la Iglesia, y que la entrada de Guiaina por tierra por esta parte de España es muy angosta que tiene

en la frontera la ciudad de Bayona, que es fortísima y esta armada, a las faldas de la sierra de Navarra y de Bearne; conocido que por la disposicion de la tierra, juntados el rey y la reina que heran de Navarra y su Estado con el dicho Rey de Francia, seria imposible que los ejercitos de españoles e ingleses pudiesen tomar a Bayona, ni tener cerco sobre ella sin evidentísimo peligro y que no podrian ser prevenidos de mantenimientos, dejando las espaldas contrarias, concertaronse con el rey de Francia contra su Alteza y contra el Rey de Inglaterra no solamente para impedir la dicha impresa; mas para facer en España por Navarra todo daño que pudiesen. Y luego que lo supo su Alteza, invio a decir a los dichos Rey y Reina que pues veian el dicho Rey de Francia era notorio enemigo y ofensor de la Iglesia, y su Alteza y el dicho serenísimo Rey de Inglaterra tomaban esta impresa en favor y ayuda de la causa de la Iglesia y de toda la cristianda, y particularmente de los dichos Rey y Reina, porque salian del peligro en que contino estaba con las amenazas que Francia les facia, que les rogaba no quisiesen dejar el partido de la santísima y juntarse con el partido de los scismaticos, y pediase una de las tres cosas; o que estuviesen neutrales y diesen a su Alteza una seguridad para que Navarra y Bearne no dieran ayuda al Rey de Francia ni facian daño a los ejercitos de España y Inglaterra, o que si querian ayudar al Rey de Francia con lo de Bearne que esta de la otra parte de los montes Perineos ayudasen a su Alteza con lo de Navarra que esta de esta otra parte de España: o que si querian del todo declararse por unas de las partes, de la Iglesia y de su Alteza, y que haciendolo les daria su Alteza las villas de los Arcos y Guardia, que solian ser de Navarra y ellos las deseaban mucho porque por un beneficio tan universal, como placiendo a Dios Nuestro Señor se esperaba para la Iglesia y para toda republica cristiana de lo que se facia en aquella empresa, su Alteza habia por bien empleado del esdar las dichas villas.

Y demas de esto su Alteza y serenísimo Rey de Inglaterra su fijo se obligaban a defender siempre su estado, y que mirasen quanto mas les valia tomar esto sirviendo a Dios y a la Iglesia y respondiendo a su Alteza con el agradecimiento que le diesen por los feneficios que de su catolica majestad habian recibido, y quedando juntos con todos los Principes que defendian la Iglesia, que no por el interesse que les daba el Rey de Francia pos poner y vender lo que deben a Dios y a su Iglesia; la obligacion que tienen de no estorbar lo que se face en favor de ella y universal remedio de toda la republica cristiana, que no se juntando ellos con el Rey de Francia contra la Iglesia. Quanto a los que favorecen la causa del Rey de Francia, mediante nuestro señor podria ser brevemente traído a tales terminos que dejase todas las cosas que tiene ajenas, y que para todo lo demas no tuviese otro remedio sino ir a pedir venia a los pies de su Santidad con lo cual la Iglesia y la cristiandad quedarian remediadas, y cesarian las guerras entre cristianos, y la Sanctisima liga podria emplearse en la guerra contra los infieles enemigos de nuestra fe. Y aunque los embajadores del dicho Rey y Reina de Navarra decian a su Alteza que tenian por cierto que todo esto sucederia assi, si los dichos Rey y Reina se juntaban con la Iglesia y con su Alteza, y aunque su S. M. lo procuro instantisimamente con los dichos Rey y Reina desde mucho antes que viniesen los Ingleses, y despues esperando esto detuvo su Alteza la entrada de ambos los dichos ejercitos Españoles e Ingleses al sitio de Bayona, con grandisimo gasto de los Ingleses y de su Alteza y con no pequeño acontecimiento, porque desde 8 de Junio en que desembarcaron los Ingleses habian estado los dichos dos ejercitos gastando y esperando la conclusion de esta negociacion y nunca su Alteza pudo acabar con los dichos Rey y Reina que heran de Navarra que fuesen de la parte de la Iglesia ni que quisiesen ser neutrales y siempre han llebado a su Alteza en palabras dandole esperanza que facian lo uno o lo

otro, y por otra parte dando a su tierra la gente y otras cosas necesarias para la fortificación y defensa de Bayona, y para que los dichos Franceses tuviesen tiempo de juntar toda su potencia fasta que su Alteza supo y le contesto que los dichos Rey e Reina habian asentado liga con el Rey de Francia contra los que faborecian la causa de la iglesia no solamente para impedir la dicha impresa, a mas para facer en España todo el daño que pudiesen. Vista esta ingratitud que los dichos Rey e Reina cometieron contra Nuestro Señor y para con su Alteza, no contentandose de dejar a la Iglesia y a quien despues de Dios les fizo y defendio mas, faciendo contrarios y enemigos de ella y de su Alteza y para seguir por prisionero al enemigo y ofensor de la Iglesia, avido sobre ello maduro consego con los perlados y grandes, y con los de su consego y con otras personas de ciencia y conciencia de estos dos reinos, considerando el daño grande que se pudiera seguir a la Iglesia y a toda la cristiandad si por dejar su Alteza la dicha impresa, el Rey de Francia viendose libre por la parte de aca, inviase toda su potencia a Italia contra la Iglesia, y que para el remedio de ella y de toda la cristiandad es necesario y conveniente facer toda la dicha impresa, parecio que pues los dichos Rey e Reina de Navarra empedian la dicha impresa, y que siendo ellos contrarios los ejercitos de Españoles e Ingleses no podian entrar por Vayona, que debia su Alteza mandar que su ejercito entrase por Navarra aguiaina, rogando y requiriendo a los dichos Rey y Reina que heran de Navarra que les diesen pastos y vituallas por sus dineros y seguridad para la dicha santa impresa, ofreciendoles paz y seguridad si lo ficiesen, y que si negasen el dicho paso al dicho de su Alteza podia justamente trabajar de tomarle y retenerlo, y que de esto ay ejemplo en la saagrada escriptura; y siguiendo el dicho consego mediante Nuestro Señor su Alteza mando que su ejercito entrase por Navarra y negandose lo subsodicho trabajassen a tomar la dicha seguridad. Y porque el serenísimo

Rey De Inglaterra, no sabiendo entonces esto ni aun queriendo que podría suceder, no dio comision a su capitan general para que entrase por Navarra guiando el dicho exercito de los Ingleses en campo al Cerrin de Guiaina, el Rey y la Reina que heran de Navarra hicieron quenta que pues por la dicha liga esta junta la potencia de Francia con las suya el exercito de su Alteza solo no seria bastante para tomarla seguridad y en esta opinion les confirmo Mosen de Orbal tio del Rey de navarra que pocos dias antes habia estado con ellos por embajador del Rey de Francia para los persuadir y traer como los truxo a la voluntad del Rey de Francia.

Despues de lo qual, el duque de Alba, capitan general del exercito de los Españoles, siguiendo lo acordado y mandado por su Catolica Majesta entro en el reino de Navarra con el dicho exercito miercoles 21 de Julio, y envio a facer a los dichos Reyes que heran de Navarra el susodicho requerimiento para que le diesen paso y vituallas por su dinero y seguridad, y como no lo quisieron facer, passo adelante la via de la ciudad de pamplona, que es la cabeza de aquel reino; y aunque el dicho Rey estaba en ella con assaz gente que de las montañas habia fecho venir alli, y habia puesto defensa de gente en una villa que esta en el camino en un punto fuerte, pero todo lo paso el exercito sin fecho de armas, y el dicho Rey, como es natural frances desamparo a los navarros y fuese a Lumbierre para pasar a la otra parte de Francia y así la ciudad de pamplona se rindio al exercito de su Alteza, y todas las villas y lugares de aquella comarca y rendiase todo el reino, y el exercito de los Franceses no osso pasar a socorrer al dicho Rey que hera de navarra como tenia prometido y asentado porque uvieron miedo de perderse, porque la villa de Lumbierre, donde el dicho Rey esperaba el socorro, esta un passo por donde podrian entrar muy bien los franceses en España por la parte de Bearne y Roncesvalles, acordo el dicho capitan general a poner su campo sobre aquella villa y tomar aquel passo. Sabido es que por el Rey

que hera de Navarra, y viendo que el socorro de los franceses no ossaba pasar y vio sus embajadores con poder suyo bastante al dicho capitan general para que assentassen con lo quissiesen, haciendo cuenta que pues no podría retener el reino, que queria mostrar que lo dejaba a su voluntad, y así los dichos seis embajadores assentaron por virtud el dicho su poder con el capitan general una capitulacion que en substancia así contenia: que los dichos rey e reina que eran de Navarra, lo remitian enteramente a la voluntad y disposicion de la Catolica Majestad para que lo pudiese disponer y ordenar segun le pareciese, y aquello se cumpliria y ternia por los dichos rey y reina sin contravenimiento alguno. Y Su Alteza por virtud de la facultad que para ello le fue dada por la dicha capitulacion fizo una declaracion de su voluntad, de la cual va copia con la presente, con la cual fue Obispo de Zamora como embajador enviado en nombre de Su Alteza por el dicho capitan general o los dichos rey e reina que eran de Navarra que estaban en Bearne, a facerles saber la dicha declaración, y que aunque aquella se habia fecho y Su Alteza al presente queria retener la dicha entrada en aquel reino para seguridad de la dicha impresa, pero que fecha aquella, o a lo menos ganada Bayona su Alteza le restituiria el reino de muy buena voluntad, y que si le inviasen el principe su fijo lo casaria con una de sus nietas, y faciria por ellos otras cosas solo porque no ayudasen al rey de Francia contra esta empresa que se hace en favor de la Iglesia. A la cual embajada la respuesta que dieron los dichos rey e reina que eran de Navarra fue que prendieron al dicho Obispo que era de Zamora y le entregaron a los franceses. Así mesmo prendieron a los suyos y entregaron al rey de Francia todo el señorío de Bearne que es al confin de Navarra, y rompieron la guerra a su Alteza por el condado de Serdania, y no dieron respuesta alguna a dicha embajada que llevo el dicho obispo, ni cumplieron lo que el dicho Rey capitulo y concedio al duque de Alba, por continuar en la liga que tenia fecha con

el rey de Francia y perseverar de ayudar su parte contra la parte de la Iglesia. Visto lo cual y visto que la capitulacion fecha por nuestro muy Santo Padre y los otros principes de la liga, dice: que si acaesciere que alguno de los confederados tomase algo fuera de Italia de los que se opusieren contra la liga, aquello pueda retener *jure belli*, y que por esta causa Su Alteza puede justamente retener dicho reino, mayormente que se junta con esto la bula de nuestro Santo Padre contra todos los que ayudaran al Rey de Francia e impidieren la ejecucion de la empresa que su Alteza y el serenesimo Rey de Inglaterra facen en favor de la Iglesia, aunque Reyes, la cual viene particularmente a los de Navarra y a los vascos, por los cuales Su Santidad pone graves censuras y publica los bienes de los que contravienen, la cual bula se publico donde Su Santidad por ello lo manda y en el reino de Navarra, y despues de la publicacion pasaron los terminos en ella asignados, y los dichos reyes no han querido cumplir los mandamientos y moniciones apostolicos en la dicha bula contenidas; y por la dicha su contumacia y rebelion y pues es notorio e inescudable que no tiene defension en contrario, que los divhos reyes queheran de Navarra han seguido y siguen al principal fautor de los scismaticos, y no se han apartado de lo facer por la publicacion de la dicha bula, antes procuran todavia armas y fuerza contra los que siguen la unidad de la Iglesia y a Su Santidad, por lo cual el dicho reino es confiscado, y asi Su Alteza justamente ha tomado con autoridad de la Iglesia y permission de derecho, como debia, y por los dichos titulos le pertenece *jure proprio*, en especial pues Su Santidad declaro por capitulacion de la Sanctisima liga, ser esto *bello justo*, y los gastos que su Alteza ha fecho en tal empresa son tantos y tan excesivos y valen tanto como el dicho reino de Navarra y presumiendo que por los dichos titulos el dicho reino pertenece a su Alteza, y que si non tomara el titulo y corona dél no pudiera proveer a la justicia y gobernación dél segund Dios y como

se debe, por las dichas causas y para poder sostener en paz y sosiego, su Alteza ha tomado el dicho titulo del dicho reino de Navarra.

(De los manuscritos de la Biblioteca de don Luis de Salazar y Castro, perteneciente hoy a la Academia de la Historia, tom. K, 33).

(M. Lafuente. «Historia de España». T. VII, p. 365).

## APÉNDICE II

### **Reglamento del Colegio Universitario de Mans instalado dentro del recinto de la Universidad de París y cuyos preceptos difieren poco de los demás similares existentes en aquella época.**

Los escolares encontraran dentro de la casa habiles profesores con objeto de que no tengan ocasion de vagabundear y de perder el tiempo buscando maestro de otros colegios.

Los bolsistas y otros escolares de la casa iran modestamente vestidos sin presuncion en el arreglo del cabello. No hay de momento en el colegio mas que treinta y sei habitaciones utiles sin contar la bodega, la cocina la gran sala comun, la capilla, los graneros y las clases donde se dan las lecciones publicas de Filosofia y de Gramatica.

Los doce bolsistas no podran ocupar todos los cuartos ya que en un mismo cuarto debe contener cuatro bolsistas a menos que no fuesen graduados. El colegio recibira otros escolares a titulo de porcionistas y de camaristas simplemente. Los primeros pagaran treinta sueldos torneses por cada cuarto los otros veinticinco sueldos. Los martinets daran al colegio cinco sueldos por año a menos que el principal o el procurador no ordenasen otra cosa.

Si el bolsista cuando llegue al colegio no sabe los rudimentos de la gramatica se le concede siete años de estudio como tiempo maximo para lograr el titulo de Maestro en Artes. Si transcurrido dicho tiempo no lograrse dicho titulo

pierde la bolsa; obtenido el título de maestro en artes le quedan cuatro meses para escoger entre las otras facultades a saber: Derecho, Medicina y Teología. Una vez hecha la elección no podrá cambiar. El bolsista que se decida por el estudio del Derecho se le dan siete años de bolsa para obtener la licenciatura. Si escoge medicina siete años para ejercer el doctorado y si se inclina por la teología tendrá trece años de bolsa.

En cuanto al bachillerato en estas facultades como en la de artes se seguirá los usos y costumbres de la Universidad.

Es de gran utilidad al maestro en artes para perfeccionarse en la Gramática y en las Humanidades regentar temporalmente alguna cátedra pues la experiencia demuestra que los pequeños centros de estudios de provincia se hufanan de tener entre sus maestros aquellos que lo hayan sido en París que hayan regentado en los colegios de la Universidad. Así pues si un bolsista de nuestro colegio después de haber sido graduado maestro en artes quisiera regentar en un colegio de la Universidad podrá hacerlo previo permiso del principal de nuestro colegio. En este caso no tendrá derecho a alojamiento pero gozará de una media bolsa y así durante tres años y medio de regencia máximo de tiempo que le será concedido si desea pasar a estudiar en una de las tres facultades de derecho medicina o teología de nuevo tendrá en el colegio alojamiento y bolsa entera a condición sin embargo de que no podrá utilizarla más que el tiempo establecido y habrá de dar además una clase de Gramática o de Filosofía. En el colegio no se hablará más que latín.

Esta prohibido a los porcionistas detener comestibles y bebidas en sus cuartos no podrán recibir a los compatriotas más que dos veces al año y siempre que estuviesen y de paso en París. Solo el Director podrá tener porcionistas debiendo comer con los bolsistas o por lo menos asistir a las comidas para el mejor orden y servicio de la casa. Todos los demás excepto si eran hijos de príncipes o de familias muy

distinguidas comerían en el receptorio común. Ninguno podrá dormir fuera de la casa. El bolsista no graduado que lo hiciera sería azotado en la clase por primera vez y la segunda en público como es costumbre en la Universidad de París. Ningún porcionista podrá salir solo: debiendo hacerlo en compañía de aquel que se le haya designado como compañero. Ninguno podrá usar ni espada ni bastón de estoque. Toda canción deshonesta está absolutamente prohibida en la casa. Dos veces al año se celebrará capítulo general presidido por el Director o Principal asistiendo el procurador y los bolsistas pudiendo ser invitados los regentes asamblea en la cual después de leídos los estatutos todos tienen derecho a denunciar las faltas de los demás y a señalar los defectos.

(Jose Marie Cros, S. J. «Saint François de Xavier». Ps. 104 a 106).

### APÉNDICE III

#### **Copia del Título de Maestro en Artes expedido por la Universidad de París por los años de 1533.**

A todos los que las presentes letras vieren el Rector de la Universidad de París, salud en Aquel que es la verdadera salvación de todos. Como todos los que profesan la fe católica vienen obligados tanto por equidad natural como por los preceptos de la ley divina a dar fe de la verdad ello es obligación más esencial en; las gentes de iglesia y profesores de las diversas ciencias que buscando la verdad en todas partes e instruyendo en ella a los demás están más obligados a no faltar a la verdad ni desviarse de ella.

Por eso Nosotros deseando en esta parte dar testimonio de verdad a toda y cada uno a quien pueda interesar, a tenor de las presentes letras hacemos saber que nuestro amado discípulo y discreta persona Maestro... natural de... Diócesis de... Maestro de Artes ha obtenido a toda satisfacción y con todos los honores el grado de Maestro en



la Ilustre Facultad de Artes de Paris despues de haber sufrido los examenes rigurosos acostumbrados el año del Señor de 1534, despues de Pascuas conforme a los estatutos y costumbres inveteradas en la dicha Facultad y con las solemnidades habituales para esta clase de actos.

En testimonio de lo cual hacemos poener nuestro gran sello a las presentes letras.

Dado en Paris en la Asamblea General celebrada solemnemente en la Iglesia de los Mathurinos el año dicho del Señor de 1534 el dia 14 de Mayo.

Firmado Leroux.

(Acta Sancti Julii, tomo VII, p. 442. Citado por J. Quicherat. «Histoire de Saint Barbe»).

#### APÉNDICE IV

##### **Comparecencia de Francisco de Jasso y Javier ante el Notario de su nación Íñigo Ladrón de Cegama.**

Constituído personalmente el muy noble Francisco de Jasso y Javier, Maestro en Artes, Clerigo de la Diocesis de Pamplona, hijo legitimo del Dr. D. Juan de Jaso y de D.<sup>a</sup> Maria de Azpilcueta, castellana y señora de Javier... el cual nombra por sus procuradores al muy noble señor Miguel de Javier, Señor de la casa y lugar de Javier y Juan de Azpilcueta, Capitan, hermanos suyos y Carlos de la Raya, Juan de Jaca, Miguel de veramendi, Juan Martinez de leçaqua a fin de promover informacion sobre su origen, descendencia y nobleza visto que procede en linea recta de padre, abuelo, parientes y predecesores todos ellos nobles e hijosdalgo y personas muy preeminentes, significadas y conocidas en el Reino de Navarra y a fin de obtener sobre esto letras testimoniales, etc.

En el 4 de Agosto de 1536 los alcaldes de la Corte Mayor de Pamplona declararon:

Que el dicho Francisco de Jaso y Javier ha probado completamente que fue y es de antiguo y noble origen y descendiente en linea recta y legitima siguiendo las cuatro ramas de su genealogía paterna y materna hombre hijodalgo, noble y gentil hombre, hijo legitimo de D. Miguel de Javier de quien son los lugares y palacios de Javier y Docin y Azpilcueta. En consecuencia Nosotros Emperador, Reina y Rey declaramos tener al dicho D. Francisco de Jaso y Javier por hombre noble hijodalgo y gentil hombre y a fin de que el sus hijos y descendientes puedan y deban usar y gozar de todas las prerrogativas exenciones, honores, libertades y privilegios que los otros gentiles hombres e hijosdalgo usan y gozan en nuestro reino de Navarra.

(Jose Marie Cros, S. J. «Sain Francois de Xavier». Ps. 139 y 140).

#### APÉNDICE V

In.<sup>o</sup> de Ariz Cintrero, procurador substituído de Guillen de Gualde habitante en la ciudad de Paris, procurador principal de Miguel de Charles de Caparroso, residente en la ciudad de Paris, respondiendo a lo que In.<sup>o</sup> Miguel de Lesagua, procurador de D.<sup>a</sup> Isabel de Goñi, viuda, y de D. Miguel de Xabier y Doña Ana de Xabier y del Capitan Fn.<sup>o</sup> de Azpilcueta tiene respondido a mi pedimiento e demanda contra ellos presentada ante los alguaciles de vtra corte, insistiendo en lo contenido en aquella digo: que vuestra merced debe mandar y declarar como por mi esta pedido y suplicado por la dicha demanda, sin embargo de lo en contrario alegado por el dicho escrito de la respuesta, lo cual no ha lugar ni procede; lo uno porque no se hace ni presenta por parte suficiente ni como se requiere; e mi relacion fue y es verdadera y lo en contrario alegado por el dicho escrito de respuesta no ha seido ni es verdadero, lo cual en todo lo prejudicable al dicho mi parte niego, lo favorable que por el

hace, si lo hay, por confesado recibo; lo otro porque el dicho Miguel Charles dio los dichos alimentos en la dicha Universidad de Paris al dicho Fn.º de Xabier, su sobrino del dicho Miguel de Xabier, y por mandado del dicho Miguel de Xabier y a su ruego de el, ofreciendole como le habia ofrecido e prometido el dicho Miguel de Xabier por sus letras misivas e por otra via al dicho Miguel Charles, de satisfacer e pagarle muy bien lo que gastase y gastaria por el dicho Fn.º de Xabier en darle los dichos alimentos e por otra via. Lo otro porque el dicho Miguel Charles tuvo al dicho Fn.º de Xabier por respeto e ruego del dicho Miguel de Xabier en la dicha Universidad de Paris en su posada e compañia e cambra e mesa por los dichos años en la dicha demanda especificados, dandole todas las cosas necesarias y de gasto, en cada un año, con el dicho Fn.º Xabier e por lo que por la dicha demanda se contiene y aun mas que de resto dello le quedo debiendo el dicho Miguel de Xabier los dichos treinta ducados por mi pedidos, y ansie al dicho mi parte le compete la accion por mi intentada contra los dichos deffrentes y cada uno dellos por la dicha causa. Lo otro porque si no fuera por respeto del dicho Miguel Charles y por los alimentos que el dio al dicho Fn.º de Xabier en la dicha Universidad el dicho Fn.º de Xabier no hubiera estado ni pudiera estar en la dicha Universidad por el dicho tiempo, por no tener como no tenia facilidad ni poder para sus alimentos ni entretenerse y el dicho Miguel Charles hizo todo el buen tratamen que se debia hacer e hizo suyo al dicho Fn.º de Xabier: y asi cesa lo en contrario alegado porque pide supra lo pedido y suplicado. E pido cumplimiento de concluyo novatione cesante y salva prueba...

Donde los por la causa de menuda emperador semper Augusto Rey  
 Romano y donna y deffimada en el mismo dñico los suplico por la  
 misma causa de don Rey de castilla dñico de aragon de leon de  
 leon de spenna de de se no de aragon de murcia de jahen conde  
 de barbaresco por trece e p. A vos lo dñico a mala ma doña y sabel de goñ  
 y peralta viuda y usufructuaria de su futuro marido y administradora de los  
 bienes de su marido que fue xabier de azpilcueta y xabier cuyo es sa  
 tes vecino del lugar de oba de los tutores de las personas y bienes de don miguel  
 de xabier el dicho fñico de xabier pupillos y de menor edad hijo e hijo  
 del dicho miguel de xabier sacado no de sus segund vos tengo y pertenec  
 ticia de p. e neceser es p. de junio de 1845 samente salud e gñico segun  
 p. de guillen de hualde habitante en la ciudad de p. procurador de maestre  
 charles de caparroso presidente en la Universidad de Paris ante mi y los abel  
 los de la maeste mayor de las p. de la p. y del tenor segun  
 maeste guillen de hualde habitante en la ciudad de p. procurador de maestre  
 charles de caparroso presidente en la Universidad de Paris y presidiendo  
 en la dicha Universidad de Paris Juan de xabier sobrino de miguel  
 de azpilcueta y xabier cuyo fue xabier por mandado del dicho miguel de xabier  
 berra que fue xabier y a ruego del dicho maestre charles los años pasados  
 treinta y ocho treinta y nueve y cuarenta e cinco y dio los alimentos ne  
 cesarios y deudas como de posada y abitaçion de comer beber y otras cosas  
 al dicho Juan de xabier teniendo lo el dicho maestre charles en su posada en con  
 p. dando le las cosas necesarias como dñico e pagando le todo el buen tra  
 tamiento de posada y abitaçion de comer beber y otras cosas. El dicho maestre charles por el dicho  
 Juan de xabier gñico en cada un año de los dichos fñicos de cada ducados y  
 el dicho miguel de azpilcueta y xabier por sus letras misivas prometio y ofrecio  
 de satisfacer e pagar al dicho miguel de xabier todo lo que gastase e hubiese ga  
 stado en el dicho fñico de xabier su sobrino fñico  
 alimentos como por ora cada un año de los dichos gastos y dietas y mien  
 de los dichos fñicos de xabier del dicho miguel de azpilcueta y xabier  
 de los dichos fñicos de xabier de los dichos fñicos de xabier de los dichos fñicos de xabier  
 de los dichos fñicos de xabier de los dichos fñicos de xabier de los dichos fñicos de xabier

APÉNDICE V. — Fotocopia del proceso de Guillén Ugalde, residente en Pamplona, Procurador de Maestre Charles de Caparroso, residente en la Universidad de Paris, contra Doña Isabel de Goñi y Peralta, viuda y usufructuaria de Miguel de Xavier, cuyos fueron Xavier y Juan de Azpilcueta, cuyo es Satés, vecino del lugar de Oba-



Yo el dicho don Juan de Vitoria ...  
legatima de su patrimonio ...  
en el dicho Miguel de Xavier ...  
de Xavier ...  
señor en su ...  
Don Juan de ...  
tubido e poseído ...  
bien suyo ...  
del tanto ...  
y ...  
nada ...  
los ...  
menos ...  
para ...  
de ...  
de ...  
de ...  
de ...

nos. Autores de los hijos de dicho Miguel de Xavier, sobre la paga de 30 ducados por los alimentos que el dicho Caparrosó dio en dicha Universidad a Juan de Javier, sobrino del dicho Juan de Azpilcueta. Pendiente. Hojas 13. (Archivo de Navarra. Consejo Real. Año 1544. Jaxo unico, n.º 56. S. L. Esno. Miguel de Arce).



APÉNDICE VI

**Estudiantes vascos contemporáneos de San Francisco Xavier en París.**

Desde 1525 a 1536 estudió Francisco Xavier, el futuro Apóstol de Indias y Japón, en la Universidad de París, de celebridad mundial, y desde 1528 con San Ignacio de Loyola.

Como puede ser de interés, damos a continuación a conocer los nombres de los vascos que juntamente con los dos santos frecuentaron allí las aulas de la capital de Francia.

Están contenidos estos nombres, gran parte, en las «Acta Rectoria Universitatis Parisiensis», que se encuentran en la Biblioteca Nacional de París.

*Mss. lat. 9951.*

- 155 f 1526 *Rector Magister Joannes Protbais* (a crastino S. Dionisii usque ad O Sapientia). Jurati: ... Franciscus de Nauarre (1), pampilonensis diocesis.  
Amadot deldouyn (2), pampilon. dioc.
- 155 v Dominus Dominicus delduayn (3), nobilis, pampilon. dioc.
- 158 v Michael derro (4), nobilis, pampilon, dioc.
- 159 v Stephanus de Sancto Jacobo, nobilis, pampilon. dioc.
- 160 Sequuntur nomina incipientium in hac rectoria et primo in natione gallicana:  
Dominus Joannes quonsalis (5) pampilonensis diocesis.

*Mss. lat. 9952.*

- 73 1529 *Rector Petrus Aprilis* (15. Dec.).  
 77 Sequuntur nomina incipientium sub hac rectoria  
 et primo in veneranda natione Francia: ...  
 77 v Post licentias: ...  
 Dominus franciscus de xabier xaxiloñ. d. [!] (6).  
 79 1530 *Rector Hieronymus de Salinas* (24. Martii  
 «1529» = 1530).  
 100 Dominus Martinus de urterroz (7), pampill. d.  
 Dominus Joannes de lumbiers, pampill. d.  
 103 v Martin de sant ander (8), pampill. d.  
 Martin de samta chara (9), pampill. d.  
 119 1530 *Rector Petrus de Wassebourg* (16. Dec.).  
 121 Joannes de Soubise (10), pampilens. d.  
 126 1531 *Rector Nicolaus de Mante*.  
 126 v Sequuntur... laurea magistrali donati: ...  
 130 Picardi: Petrus de nauarre.  
 140 1531 *Rector Laudericus Macyot* (16. Dec.).  
 141 v Ignacius de loyola, pamponol. (11).  
 161 1532 *Rector Thomas Pinchemaille* (16. Dec.).  
 164 Michael de baugorry (12), d. pampilon.  
 164 v Petrus gallipetius (13), d. pampilon.  
 172 1633 *Rector Magister Andreas de Gouuea* (Vigilia  
 Joannis Bapt.).  
 174 v Karolus de Montiloa (14), Pampilon.  
 175 Laurentius pe larcassorim, Pampilon.  
 Martinus de Veard, (15) Pampilon.  
 Martinus de Arrez (16), Pampilon.  
 181 1533 *Rector Nicolaus Sapientis* (16. Dec.).  
 182 v Joannes Morillo, pampilon. d.  
 Egidius Martin, pampilon. d.  
 184 v Martin deria (17), pampilon, d.  
 Michael yarnoz, pampilon, d.

- Martin de eranyana [?] (18), pampilon. d.  
 195 1534 *Rector Antonius de Mery* (23. Junii).  
 198 Martin Lopez (19), pampilon.

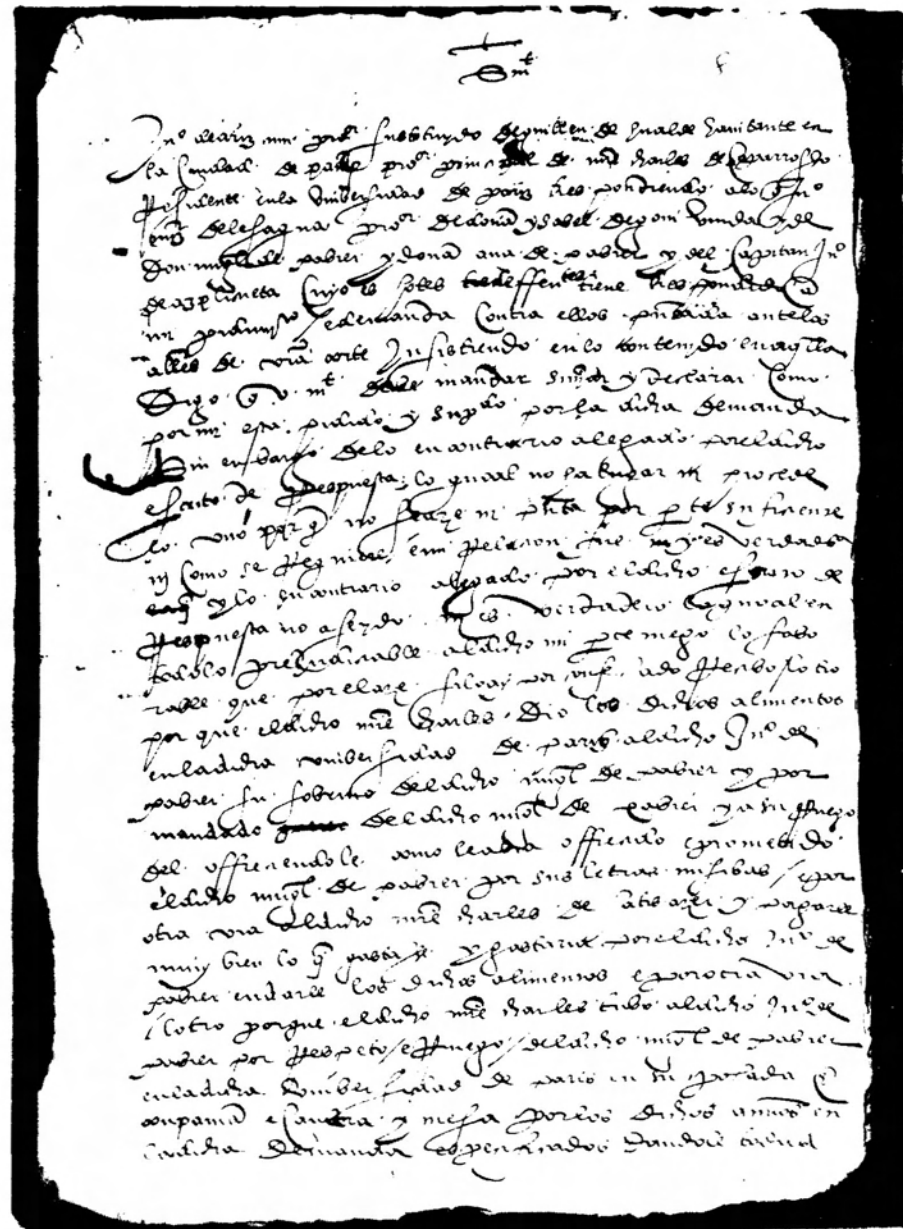
*Mss. lat. 9953.*

- 5 1534 *Rector Florentius Jacquart* (idibus Dec. — Vigilia  
 Annunt. B. V. M. 1535).  
 10 Michael de landiuart (20), pampil.  
 12 Sequuntur nomina incipientium in natione Galli-  
 cana Anno domini 1534: ...  
 Dominus Ignacius de loyola, dioc. pampilonensis.  
 Dominus Carolus annittra [?] (21), pampilon.  
 16 1535 *Rector Joannes Gonsalis*.  
 Carolus Marzilla, vulgo Caparosa (22), nobilis,  
 pampil. d.  
 18 Joannes de Casanoua, nobilis et beneficiatus,  
 pampil. d.  
 19 v Petrus fragus (23), pampil. d.  
 20 v Incipientes post licentias in natione Gallicana:  
 ... post Paschatem: ...  
 Dominus Martinus de veriam (24), pampil. d.  
 32 1535 *Rector Jacobus Houllier* (idibus Dec. — Vigilia  
 Annunt. B. V. M. 1536).  
 33 Franciscus Ferdinandus, pampil. d.  
 36 Sequuntur nomina incipientium ante licentias: ...  
 36 v Dominus Martinus de ustarroz, pampilon. d.  
 45 1536 *Rector Joannes Marie*.  
 47 v Sequuntur nomina incipientium in honoranda  
 gallorum natione:  
 48 Dominus Joannes Murdeus, pompelonens. dioc.  
 incepturus sub magistro petro picart.  
 Dominus alphrusius salueon, tortane (25) dioc.  
 incepturus sub magistro francisco de cha-  
 mer (26).

Dominus Nicolaus alphonse de bobadylla Palle  
tine p. iocinepturus sub magistro francisco  
xabiere.

- 53 1536 Rector Joannes Tiercelet (15. Dec.).
- 54 Martin de aldape (27) pampil.
- 55 Martin de victoria, pampil.

«Revista Internacional de Estudios Vascos», octubre-noviembre,  
1927.



APENDICE VI



